

MARTA ROSA MUTTI
Compilación

Avatares X año X

Solo la piel

Cuentos y poemas

EDITORIAL DUNKEN

Buenos Aires

2012

Solo la piel. Avatares X año X / compilado por
Marta Rosa Mutti. - 1a ed. - Buenos Aires :

Dunken, 2012.

128 p. ; 16x23 cm.

ISBN 978-987-02-6257-2

1. Literatura. 2. Cuentos. 3. Poesías. I. Mutti,
Marta Rosa, comp.

CDD A860

Impreso por Editorial Dunken
Ayacucho 357 (C1025AAG) - Capital Federal
Tel/fax: 4954-7700 / 4954-7300
E-mail: info@dunken.com.ar
Página web: www.dunken.com.ar

Hecho el depósito que prevé la ley 11.723
Impreso en la Argentina
© 2012 Marta Rosa Mutti (comp.)
e-mail: centroavatares@yahoo.com.ar
ISBN 978-987-02-6257-2

MARTA ROSA MUTTI

INTERACCIÓN DE VOCES

El texto es la expresión escrita de un mensaje a transmitir, una situación a mostrar, un fundamento a exponer. No es una revelación / transmisión de verdades y sentidos que surge del obrar de su autor, por el contrario es el producto del conocimiento y transformación de otros saberes, entonces podemos decir que un texto es el resultado del trabajo sobre el lenguaje; lugar donde se arman, cambian, decostruyen las estéticas de la escritura y se conjugan los distintos aspectos que se conocen como realidad. Lo que constituye a un escrito se valida a través de la labor del escritor, que se des-subjetiva para tomar otras miradas y construir –decostruir– trasliterar de modo permanente el sentido de las ideas de todos, porque antes de escritor ha sabido ser lector *de esos todos*, aún desde la lectura que provee la observación. Proceso que de inmediato, se concreta sobre la obra y se referencia en el discurso escrito por el ritmo, la prosodia, el juego de palabras, el no sentido, humor, anáfora, etc. Siendo toda práctica literaria válida, a fin de significarlo.

Y aquí es donde entra el juego de la transtextualidad universal. Señala Julia Kristeva (...) *todo texto se construye como mosaico de citas, todo texto es absorción y transformación de otro texto.*

Gérard Genette, define la transtextualidad como “*todo aquello que lo relaciona, manifiesta o secretamente, con otros textos*”, y dentro de ella se reconocen otras relaciones a saber:

Intertextualidad: que es el vínculo de copresencia entre dos o más textos. Más explícita y literal es la cita y la alusión.

Metatextualidad: Correspondencia de comentario que une un texto a otro, del cual habla y al cual incluso puede llegar a no citar.

Hipertextualidad: Relación de un texto con otro anterior del cual deriva por transformación o por imitación. La transformación es sim-

ple o directa; la imitación es una transformación pero más compleja e indirecta.

Es dado a comprender que son estos espacios meta, híper e intertextuales los que proveen al inconsciente subjetivo del escritor y lector de la formación e información previas para la construcción de la obra y re-construcción desde la lectura. En palabras de Barthes *¿Nunca os ha sucedido, leyendo un libro, que os habéis ido parando continuamente a lo largo de la lectura, y no por desinterés, sino al contrario, a causa de una gran afluencia de ideas, de excitaciones, de asociaciones?*

Esta dislocación de lugares generada por la transtextualidad de los hechos que derivan en historias y funciones de los sujetos (escritor – lector) determinan a la escritura como una *destrucción de toda voz*, al hacer de la lectura, un proceso, *escribible, desde la mirada del que lee*.

Los lugares asignados tradicionales tanto al autor como al lector, han sido sacados de la inmovilidad y puestos en acción. Trastrocados. Vemos que el escritor está presente en su obra como un invitado, y esto lleva a que el lector participa en el texto a modo de pérdida, es decir no esperando hallar su imaginación y su proyectiva, ni la realización de sus ideas sino una o varias vías que lo vinculan y abren en él otros contextos.

Dice Barthes, *la escritura es la destrucción de toda voz, de todo origen. La escritura es ese lugar neutro, compuesto, oblicuo, al que van a parar nuestro sujeto, el blanco-y-negro en donde acaba por perderse toda identidad, comenzando por la propia identidad del cuerpo que escribe*.

Solo la piel, historias, relatos, cuentos, poesías donde los autores que exploran la multiplicidad discursiva, a través de las voces y vestimentas llevan algo de la piel y apenas el eco de otros escritos, en respuesta al hoy de este, nuestro mundo. *Solo la piel interacción de voces...*

MIRTA CAÑETE

PRÓLOGO

Porque disfruté y disfruto escribir lo que siento.

Porque puedo volcar en un papel, poemas, prosas, mis tristezas, mis amores, mis alegrías.

Porque Dios me regaló, la facilidad de poder expresar mis sentimientos, en letras, que forman palabras.

Doy gracias, a la vida por la vida misma.

¿ALGÚN DÍA LO LEERÁS?

Dos personas, con algunos años ya encima. La casa vacía, los hijos partieron, de vez en cuando se llena de nietos, risas, alegrías y también algún que otro reto.

Pero no alcanza. Sentados frente a la ventana del comedor, ven como la noche se acerca, ella lo mira, se levanta se dirige al cuarto, luego, pasado un momento, lo llama, él la mira, sorprendido, sentada en la cama, con su ropa interior nueva, (guardada quien sabe cuánto tiempo), rojo fuego, es el color, lo mira y lo atrae.

Comienzan un juego, besos, abrazos, él la acaricia con su boca toda a lo largo de su cuerpo. Ella entrelaza sus manos en esos cabellos ni rulos, ni lacios, atractivo, y comienza algo que jamás pensó hacer.

Le toma la cara, lo mira, ojos azules, profundos, un mar abierto, embravecido, lo tiende de espaldas sobre el lecho, se abrazan, de un lado a otro en la cama, corazones acelerados, su sueño cumplido, ahí estaba, él y ella, sintiéndose uno dentro del otro.

Prometiéndose amor, ese que ella siente desde aquella noche que lo vio por primera vez.

No separarse jamás, sus cuerpos siguen juntos, abrazados, mojados por el sudor, jugando con sus besos.

Ella da un salto en la cama, ¡esa cama!, mira a su alrededor y no lo ve, todo ha sido un sueño, fantasías con alguien que ella ama, en silencio.

No está, no estará nunca para que ella se lo confiese.

Es un amor prohibido.

MARILYN Y SUS AMORES

Imaginemos a Marilyn...

Rubia, codiciada y deseada, era el “sueño de los fotógrafos”, sex simbol de lo años cincuenta. Joe Di Maggio, él la amó por sobre todo.

Una tarjeta, invitación a cenar.

Restaurant, elegante, ella tan rubia, tan blanca, tan alegre, ojos chispeantes, labios rojos, andar ardiente, que enloquecía a quien la mirase, ¿los hombres? Deliberaban.

Copa de vino tinto, merlot, delicado aroma a casis, reflejan en el cristal, el rojo con destellos naranjas, armonizando con ese anillo de rojos rubíes, en esa marea blanca, delicada, hecha para acariciar y amar, regalo de Joe, en ese aniversario.

Muy suave, armoniosa, melodía en la voz de otro grande, Frank Sinatra, invita a la intimidad.

Plato principal –carnes rojas-vegetales, papas crocantes a la pimienta, toque de vino tinto, ese picor de la pimienta era el condimento que hacía despertar la mujer de mirada sensual, sonrisa ingenua, que precede el momento íntimo.

Demos un pequeño salto. Un día, un almuerzo, nuevo amor. Este robado, ¿cómo? Y, para Marilyn no era difícil, si ella sentía apetito de amar.

Mesa al aire libre, arboleda, color, primavera plena cielo celeste inundada de copos de algodón, ¿el amor? Se lo siente, se percibe como si caminara de él a ella y de ella a él, él, Arthur Miller.

Dispuestos a saborear lo ordenado, exclusivo –Cumbiamba de Caracoles– (Filete de róbalo en salsa de caracoles) con vino blanco, y un toque de pimienta, esa que enamoró a Arthur.

El haber “robado” este amor, la transformaba, hacía que Marilyn sintiera correr su sangre aceleradamente, era como si burbujas iniciaran pequeñas explosiones que apresuraban su corazón.

Alegre, chispeante y suspicaz a la vez, así era Marilyn para sus amores.

Y así de saltito en saltito, de amor en amor, llegamos al “Gran Amor” así lo describió la prensa en ese momento.

Noche de Gala, cumpleaños de alguien importante, el gran John F. Kennedy, es elegida para cantar el “Cumpleaños Feliz”, su regalo fue un óleo pintado por ella, una rosa, rosa.

Amor a primera vista, es el comienzo de encuentros furtivos, ocultos, prohibidos, llenos de emoción y suspenso.

“Los Cauchos”, restaurant, confortable casona, la rodean tres árboles de cauchos, es el porqué del nombre, hace cuatro décadas, esa acogedora casona los recibía, lugar discreto, los protegía de las miradas.

Muy suave, un sonar de guitarra, todo lo envuelve un cálido ambiente, ahí están, Él, el presidente y ella la actriz, la modelo, hermosura sin igual, modos sensuales, miradas que se encuentran, solo irradian pasión.

Aperitivo y copa de champagne, sabroso, helado, bebida elegida de Marilyn, sus burbujas se sumergen en su torrente sanguíneo, aceleran sus deseos, ríe, Él, la mira y ríen, risa cómplice, acuerdo fatal.

Su orden, está llegando, ellos esperan, entre palabras y caricias.

Escuchan a lo lejos, nuevamente las guitarras, ¿que escuchan? En ese momento, no importa. La melodía se funde con el aroma del plato pedido. –Ave del Trópico– (combinación de pollo con feijoa y mango) ó la que –viene chorreada– (con queso campesino y pan casero), comidas típicas de esa zona de España.

Un vino tinto, armonioso, cuerpo aterciopelado, como la piel de ella. Irradian sensualidad, disfrutan cada encuentro, puede ser el último, ¿ella lo sabe?

RENACER

Especie, palabra que indica, hombres, animales, plantas, comienzo del deshielo que da vida a manantiales que embellecen una montaña, a ese pequeño y largo arroyo que renace con el correr del agua pura, para llegar al fin a formar parte de este lago, manso como un espejo. Todo cobra color, movimiento, todo indica que atrás queda lo frío, lo oscuro de las tardes y días sin sol. Todo estalla, en alegrías, risas y sorpresas sin palabras.

Sólo acciones.

EN UN RINCONCITO DEL CORAZÓN

Hay un rinconcito del corazón donde se almacenan los recuerdos.

Aquellos en que se fue feliz, y aquellos que quedan con un dejo de tristeza.

Emilia, albergaba en ese rinconcito, un amor, un adiós.

Allá por sus primeros años de adolescencia, su novio Alberto, su primer gran amor, con el que habían hecho tantos planes, ¡se iba!

No había elección posible, como cuando llega la señora, ¡muerte! Así se sentían los dos.

Llegó la despedida, lágrimas, abrazos, besos, promesas.

Con el tiempo, por las tardes, Emilia caminaba hacia la costa de aquel riachuelo, lugar preferido cuando estaban juntos, y ahí sentada leía sus cartas, llenas de novedades, proyectos, futuro, pero un futuro que contaba con muchas adversidades, la posibilidad de volver, no existía.

Contemplando el agua correr, frente a un barco hundido que jamás ha de zarpar, como su corazón herido, entrando como sombras en la noche que parece no tener fin. Emilia, soñaba lo que no pudo ser.

Mañanas con neblinas, opacando el horizonte, ella espera, pero sabe que ese amor fue. Nunca más volvió, nunca más lo vio, nunca más escuchó esa voz, la que junto a la de ella, se habían prometido amor eterno, y con la que también se habían dicho adiós.

POESÍA

MANCHAS

Manchas azulinas, cubren el cielo.
Todo se oscurece, tiñéndose de negro,
quebrando el blanco puro de la inocencia.
Las aves que se encuentran
en grandes bandadas, asustadas,
temerosas disparan de esa oscuridad
que de a poco gana el cielo, asemejando
a una gran fuente vacía.

Rostros que apenas se perciben,
objetos queriendo salir a la luz,
la bruma no los deja, sólo
aparece una gran lámina gris y vacía.

Niños yendo al encuentro de,
aquella sombra que se asoma
con respeto, entre destellos violáceos
rompiendo la magia de
sus miradas inocentes.

FUI

Me siento a orillas del río
miro el agua correr,
pienso, así corrió mi vida,
con momentos fugaces,
pasados junto a él,
en lugares clandestinos,
la cama de un hotel,
yo fui la otra, ella
es la mujer, la señora.

Ella es la que lo tiene
el tiempo que quiere,
todas las noches en su cama,
jugando con sus hijos,
disfrutando de su tiempo.
¿Pensará en algún momento
en mí?
Yo pienso siempre en él.

Pero lo nuestro fue y es prohibido.
Hoy ella recibe esta carta.
Pero yo ya no estoy,
Partí en ese viaje del que
no hay regreso.

Ella y él quedaron en familia.
Ya no tiene que preocuparse,
¿ya no desconfía?, ¿no piensa?
¿ya todo, ha terminado?

PLACER...

“Burdeles”, “prostíbulos”, palabras prohibidas
en la boca de una dama.
Final del siglo diecinueve,
en un lugar, allá, en la provincia,
donde el tren de Retiro terminaba
su andar, donde había trabajo
donde había placer.

San Fernando era el nombre
de ese lugar, hombres solos
algunos inmigrantes rubios,
otros morochos del interior,
y, los “cajetillas”, de la Capital.
Llegaban en tren, muchos
caminaban, o viajaban
en la “bañadera”, aquellos
autos llamados “Ruby”,
medios que aligeraban la llegada
al encuentro de esas señoras
encargadas del placer.

“Placer sexual, pago e impuro”.
Según las damas de alta sociedad,
pero en sus reuniones, era comentario
a media voz entre los hombres.
Ofertas mezcladas;
“melenitas a dos por quince guitas”.
“sándwich de chorizos”.
“sandías caladas y coloradas”.
“Las Polacas”, “Las Viejas”.
“un peso por hora”.
En “El Eucalipto” dos horas.

Dos pesos, placer sin igual.
Y acá nomás muy cerca, usted encontrará
lugar distinguido y muy señorial
con lujos de época, con grandes
“salones espejados”, y cautivante placer.

¡Cuánto ruido, cuantas voces!
Mucha gente formaba
Esa gran aldea llamada “CANAL”.

Burdeles, prostíbulos, fueron
Combatidos, y fueron cerrados.
Hoy hay a montones, modernos,
Ya no sólo existe el Canal San Fernando.
Hoy se es más elegante y
Se los llama “HOTEL”.

ASÍ...

Salió, de ese corazón marchito
por tanto dolor, de sufrir sus pérdidas.
Salió, un torbellino de gritos, llantos
y angustias.
Y fue hacia su garganta, llenando
su mente de,
dudas y miedos, de
preguntas sin respuestas.
Y así quedan.

A MI ALDEA

Lugar, tierra, aldea,
los pagos de uno,
palabras que indican
el pedacito de tierra en el cual
nos asomamos al mundo.
Crecemos junto a nuestros seres queridos.
Este crecimiento, el paso del tiempo,
nos mete esas ansias de encontrar
nuestro lugar en este mundo.
Tan lleno de egoísmo,
pero también lleno de bondad.
Lleno de traiciones,
también lleno de amigos.
Lleno de maldades,
pero también, saber compartir.

Con poderosos, que no les importa
que esta bendita tierra,
se llene de basura.
Ella, se defiende, como sabe.
Sequías, inundaciones, lluvias, fuego,
Es su forma de hacerse escuchar.
Y nosotros nos preguntamos:
—¿Qué pasa?
Esa pregunta se hará la tierra,
—¿qué les pasa, hermanos, que
me lastiman tanto?
Perdón, tendríamos que pedirte.
Perdón, por tanta contaminación.
¡Perdón! ¡Perdón!

MARÍA DEL CARMEN CÁRDENAS

PRÓLOGO

Para escapar de esa costumbre mía de apegarme a la soledad que como dijera Nicolás De Vedia “...es un silencio de infinitas palabras nunca dichas”, han sido escritas estas líneas.

En noches desveladas, en caminatas apuradas por las veredas de mi San Martín, “en capilla” para rendir, junto a una ventana que miraba al Puerto, en contratapas de cuadernos llenos de apuntes, bajo el jazmín del cielo de mi infancia, en el sillón frente al fuego azul de mi hogar, o sentada a la mesa con el recuerdo de la casa poblada de risas y flores recién brotadas.

Y quiero darlas a todos los que me enseñaron el maravilloso sentimiento de compartir: quienes supieron estar conmigo, desde los primeros juegos y las primeras letras hasta la recorrida por los caminos inolvidables del viejo “Normal”, los que me dieron el preciado aliento en la Facultad, los que me ayudaron a proyectar sueños en un pizarrón hasta los que me concedieron el honor de llamarlos mis alumnos, esos queridos hijos del alma por los que de vez en vez me gusta parame dentro de un aula, aspirar hondo el perfume a tiza, dejar que me pueblen con sus historias y sentir la ternura de su compañía cotidiana.

RESTOS

El hombre miró a lo lejos. Parecía divisar las bardas. Eran sus dominios, entonces. Ella lo admiraba y se dejaba conducir. Sin preguntar. Sólo amándolo. No importaba si al borde de un precipicio, sobre una mesa de billar o en el pedregullo de alguna playa extranjera.

Después creció. Al fin y al cabo era como una cebra: rara, indómita, siempre lejana. Impuso sus condiciones. Tenía que ser el mar. Siempre el mar.

Igual, siguieron juntos. Como tantos. Hombres y mujeres que deambulan en pareja hasta que la muerte los separe. Como zombies en ciudades monótonas.

Pero ahora no podía dormir. Seguro, la soledad. Abrió el placard. Para sacar el impermeable azul. El roto y manchado que tanto le gustaba. En ese instante vio la urna. Casi por inercia también la tomó. La puso en una bolsa de lona y se la cargó al hombro. Cerró la puerta. Se lanzó por la escalera del subte como a un tobogán vertiginoso. Borracho de negrura. El olor de vómitos ajenos y de humo eléctrico lo invadió. Por el costado de sus ojos pasaban grafitis, pinturas desvaídas, imitaciones de Boteros, putas, mierdas y carajos. Un músico ya sin sueños le daba un tango al violín: "...no habrá ninguna igual, no habrá ninguna..." No supo por qué pero se le vino a la memoria los altercados cotidianos. Recordó: "...Por una cabezaaaa..." y no justamente la melodía de Perfume de mujer. El tango macho y porteño que le hablaba de su afición a los burros. Y el desagrado de ella.

Mientras sus pisadas se mezclaban con la mugre de la plataforma discurría entre sacar un pasaje a Mar del Plata y cumplir hasta el fin con los mandatos o internarse en su sueño de hombre solo para siempre. Escuchó acercarse el ritmo del rugido. Fue casi un orgasmo enfrentar al leviatán. Le ofrendó las cenizas. Y se alejó en paz.

ANA K.

Llegué a la última frontera. El aullar de los lobos en acecho es herida mortal en el aire que respiro. Pensé el último verso y no lo he escrito. Mentí sonrisas. Dibujé alientos. Pero la ausencia de caricias reseco mi piel hasta resquebrajarla y borró todas mis lágrimas. Conocí mis culpas y acepté con mansedumbre los castigos. Desde un rincón me observan los ojos tristes de un chico rubio que se quedará solo. Desde mi memoria gritan los ojos pardos de una nena triste que estuvo siempre sola. No pudo siquiera contenerme el cielo. Por sobre mi hombro se adivina el bosque. Delante de mi sombra se precipita la Nada. Pensé en las palabras y en las explicaciones. Pensé en el consuelo para los ajenos. Y pensé que debía suicidar el pensamiento. Cargado a mis espaldas va un solo dolor, mas responderé por el abandono con el Infierno eterno. Sabrá que lo quise porque lo engendró mi amor. Ojalá nunca sepa del terrible cansancio de golpear cada puerta y no encontrar respuesta. Ojalá nunca sepa de caminar las piedras cuando se anhelan playas. Ojalá nunca sepa de remontar los sueños que los demás abaten en pesadillas. Salvo este pesar, cruzar la delgada línea última es liberarme de la angustia.

Me abrigo en el hollín, en el cómplice carbón y en el humo rugiente que todo lo disuelve. Al fin seré, al fin por una vez, dueña de mi destino

EL CABALLERO PERDIDO

*Manuscrito encontrado entre los
ladrillos de la demolición del Palacio Miró.*

CAPÍTULO I

Siempre quise ser abogado. El gallego cocinero del orfanato donde crecí me decía: mira niño, en este País, para triunfar, hay que hacerse

milico, cura o abogado. No me atraían las polleras negras. Lo de milico me sonaba a recibir órdenes hasta para ir al excusado y eso me gustaba menos. Quedaban las leyes. Cuando entré a la Escuela, el tano Bruno, repetidor por vocación, me advirtió: —tené cuidado, acá si te la mandás, te cagan a patadas. —Cuando vi rodar a uno por la escalera y al maestro que se limitaba a mirar, entendí.

Así que aprendí rápido a esquivar los castigos con perfil bajo y tener un poco de diversión cuando jugábamos al fútbol con un bloque de madera envuelto en trapos. Mientras tanto, en clase, atendía cuando nos hablaban de la Revolución, de Moreno que me miraba asomado por la pared, de sus Decretos y de los que habían peleado y muerto y seguían peleando para conseguir esta Nación orgullosa de su Constitución y de sus leyes.

Hasta allí llegó mi instrucción. Tuve que dejar el lugar para otro huérfano. A la calle y empezar a laburar. Hice de todo: clavé suelas, lustré zapatos en Retiro y en Constitución, ayudé a repartir diarios. La ventaja era poder leer las noticias policiales y las historietas que me fascinaban.

Además, conocer gente. A medida que crecí, mi predisposición para entablar conversación con los mayores, me ganó la simpatía de personas que giraban ante mí como un caleidoscopio de individualidades con sus características todas distintas y apasionantes. Hablaba tanto con prostitutas que me contaban sus vidas miserables como con políticos que las visitaban y luego se hacían una lustrada o compraban el diario como parte de su apariencia de vida.

Así conocí a Rafael. Estudiaba abogacía por imposición familiar. Pero su verdadero metier eran los burdeles, el café con billares y alguna pelea con un borracho callejero que le proveía toda la adrenalina que no le daban los libros y que le desbordaba por su origen español. Un día lo convencí para acompañarlo a la Facultad. El tipo me tuvo que prestar un traje con corbatín y todo para poder entrar. Quedé absorto.

Subir esas escalinatas, encontrarme con esos salones, ver los estantes poblados con el esfuerzo del hombre por conocer la Justicia, fue como entrar al Paraíso. Belgrano, Moreno, Alberdi, la Historia reciente y entera se me vino encima. Soñé que hacer el amor con la Señora de ojos vendados que levantaba una balanza en lugar de una lámpara o de

una aguja de tejer, sería el orgasmo de mi vida. Me propuse estudiar leyes sin importar el descanso o la falta de posibilidades para ingresar a semejante templo.

Rafael me lo facilitó. Me prestaba libros y a cambio yo le hacía resúmenes y pasaba noches enteras avivando sus neuronas con café para que saliera de sus borracheras, perezas y cansancios adquiridos en sábanas mugrientas.

De este modo, aprobábamos materias. Yo tachaba en la lista cada una de las que conseguía zafar él y aprender yo. Al fin, se recibió. Y claro, él tenía su título. Pero yo había conseguido mucho más: conocer el Derecho. No había secretos para mí, ni en la teoría ni en el procedimiento.

CAPÍTULO II

Mariano había construido su Palacio y necesitaba una reina. La encontró en la heredera de un apellido ilustre. Felisa, mucho menor, hubo de consentir. Miedo y sometimiento ya eran parte de la idiosincrasia de estas tierras.

Por otra parte, bastante pesar arrastraba su padre por el fusilamiento allá, en Navarro, de su hermano Manuel. ¡Quién lo hubiera dicho! La orden fue dada por Juan, si bien su amigo, útil al poder del Restaurador.

Para mitigar su desabrigo, logró que la acompañara a su nuevo hogar, Pedro, el mayordomo al que quería como un abuelo. Después de todo, quizás fuera verosímil, entonces, que luego de años de aburrimiento marital quedara su corazón enganchado en las miradas ardientes del belga con apellido ostentoso y supuesta fortuna venida a menos por circunstancias ignotas.

CAPÍTULO III

Esa noche encontré al franchute pasado de copas. –Sabés que lo de franchute no me gusta. Soy Belga, es muy distinto.

Me disculpé. No me convenía herir su susceptibilidad de noble. La capa que solía usar yacía descuidada en una silla. La fortuna le era esquivada. Y todo era peor ya que la rica dama a la que había echado el ojo pese a que estaba entrada en años, resultó mostrarse indiferente a sus miradas seductoras.

Lo charlé un rato para consolarlo. Luego lo arrastré casi hasta la pieza que alquilaba. Lo dejé en el catre después de entregarle alguna moneda a la pobre con la que Alfonso se había casado en un descuido y le había hecho un hijo.

Tal vez fue en el momento de largarme a la calle cuando ideé el proyecto. Tal vez...

CAPÍTULO IV

La cita fue en el bar de siempre. Dejé que fuera él, con su tono ampuloso y convincente, quien expusiera el plan ante los otros a los que había elegido con cuidado. Como cuestión previa e ineludible, debíamos hacer un juramento. Eso daría seriedad a la confabulación. Y nos haría temibles ante la sociedad.

Junto a unas vías abandonadas, protegidos por la soledad de una noche húmeda y fría, el belga leyó el Manifiesto de creación de la nueva Logia. “Los Caballeros de la Noche”.

Un Hermano no traiciona. No delata a otro Hermano. Se obliga a acudir en su auxilio. Obedece. No pregunta. Éramos iniciados y mi plan se puso en marcha.

CAPÍTULO V

Felisa volvió aún acongojada por la visita a la bóveda donde días atrás se había depositado el ataúd de su madre. Casi como al pasar vio a Pedro hablar con un hombre que de inmediato se alejó.

Doña Inés, poco antes de morir, le había hecho prometer que ya que no había podido dar descendencia a Mariano, al menos sólo tuviera ojos para él y no se distrajera con ese joven extranjero que la rondaba con descaro.

Pensaba si Dios, en su misericordia, podría perdonar su debilidad. No creía poder mantener la promesa, su corazón se volvía joven cada vez que lo veía.

Apenas se hubo quitado sombrero y guantes le entregaron un paquete con una misiva a su nombre. Casi muere la pobre al leer el mensaje. A sus gritos acudieron el esposo, la mucama y el mayordomo.

Una temible Sociedad Secreta le comunicaba que había secuestrado el féretro con el cadáver de su madre y para restituirlo exigía una cantidad importante de dinero y de silencio. Advertían acerca del daño moral que caería sobre la prosapia de tan encumbrada familia si no se respetaban las condiciones.

De inmediato Felisa decidió acceder a la demanda. Aunque en secreto uno de sus sobrinos, cuidadoso de no perder un solo acre de la herencia de su amada tía a quien Dios no le había dado hijos pero ya se sabe el dicho: el “otro” le dio sobrinos, avisó a la policía. Se puso en marcha un operativo rescate.

Sin perjuicio de ello, Doña Felisa como buena pariente de quien había sido el primer demócrata de Buenos Aires, pensante y valiente hasta el final, se encerró con su mejor consejero, Pedro.

Él la convenció que el ataúd no podía haber sido retirado de la Recoleta. No era posible. Además, el anciano tenía sus relaciones y sabía dónde preguntar las cosas que sólo se conocen en la noche y entre la gente del pueblo.

Se armó el cajón con los papeles de diario para engañar a los delincuentes y poder apresarlos. Pero en la noche, a la luz de una lámpara, Felisa observó cómo su mayordomo entregaba la pequeña caja al hombre con quien lo viera cruzar palabras por la mañana.

CAPÍTULO VI

Para el Jefe de policía y subordinados, fue todo un éxito. Dieron detalles a la prensa de cómo el ataúd no sólo no había sido secuestrado sino que se lo había tenido que dejar, por una cuestión de peso y tamaño, en la tumba de otra familia conocida que se encontraba recién abierta.

Al seguir al mozo que debía retirar la caja con el dinero (papeles de diario, como ya se ha dicho) dieron con toda la banda. Para sorpresa de algunos, apareció como líder Don Alfonzo, el noble belga, admirador de Doña Felisa en las reuniones de salón, cuando conseguía ser invitado.

Una ceremonia de desagravio sencilla, el féretro en su bóveda, Doña Inés en marcha con su proceso de descomposición y todo volvió a la normalidad en el Palacio Miró. En los ojos de Felisa había una nueva luz, cierta inquietud.

CAPÍTULO VII

Rafael estaba feliz de verme. Su Estudio era digno de un respetable abogado español que ya tenía un bien ganado renombre en la sociedad porteña. Sin embargo, cuando comenzamos a hablar del tema que me había llevado a verlo, su sonrisa se borró. No obstante, entre hombres, hay códigos que nada puede romper. Así fue que accedió a ocultarme en un cuarto secreto que poseía detrás de una biblioteca. A cambio le ofrecí la defensa del siglo.

CAPÍTULO VIII

Cuando los Caballeros de la Noche fueron llevados a juicio, uno de ellos en ausencia siendo que se encontraba prófugo, Buenos Aires tuvo su fiesta necrófila a la que era tan adicta. Desde el vamos, Alfonzo trató de implicar a un ilustre desconocido, al que intentaría hacerlo pasar como chivo expiatorio. Este pobre hombre debió acudir a un buen abo-

gado. Y allí estaba Rafael, con el caso estudiado y la defensa madurada. El lugar donde pasaba mis noches discutiendo con mi amigo letrado la estrategia diseñada desde que el plan cruzó mi mente, era un largo pasillo repleto de estantes con libros de Derecho. Otra vez el Paraíso. Quizás alguien, andando los tiempos, lograra descubrir ese lugar secreto y viera el mundo de leyes e historias en el que me bañé con placer todo ese tiempo. Hasta una cinta punzó manchada con sangre, había.

CAPÍTULO IX

Pedro me miró de soslayo y fingió no reconocermme entre el gentío que rodeaba la escalinata de los Tribunales. Era el único que sabía la aventura entre grotesca y escalofriante que habíase llevado a cabo aquella noche en el cementerio. En medio de insultos y bromas para paliar el miedo, tuvimos que dejar a la difunta con una familia que le era ajena. Su supuesta deducción que condujo al hallazgo del ataúd le había sido proporcionada por un servidor.

A cambio, claro, que su querida patrona se tranquilizara y pudiera luego pedir conocer al “joven noble” caudillo de la banda. Y conmovida por la situación de su familia, entablar una estrecha relación al acudir en su auxilio monetario con una pequeña caja portada por él. Rafael salió casi en andas. Luego de todos los avatares del proceso, la insistencia del Fiscal en querer aplicar leyes españolas obsoletas, las apelaciones y la Sentencia definitiva, su brillante alegato había triunfado. Los acusados a lo sumo podían ser, como dijo el afamado Dr. Barra, “reprobados por la conciencia pública”.

Pensé desde lo más visceral de mis pasiones: “nulla poena sine lege”.

Había estado en lo cierto desde el comienzo. Un huérfano sin estudios, fortuna, un prófugo de la Justicia, había hecho honor a mi nombre y batallado con los leones. Los vencí. Como la inscripción que circundaba el Manifiesto y que refrendamos con sangre al juramentarnos: “YCTUM EST FOEDUS. TACERE, OBEDIRE, VINCERE; (Lo

Establecido es Obligación. Someterse. Obedecer. Vencer). En tres meses, quedaron libres.

CAPÍTULO X

Rafael me consiguió un empleo de secretario, con nombre falso, en un estudio amigo. Allí continué siendo un fiel servidor de la Justicia además de ganarme el pan como Dios manda. De tanto en tanto, Doña Felisa me hizo llegar por Pedro alguna invitación a cenar. En el Mirador de la Residencia, cuyas puertas y ventanas daban a la estatua de ¡Lavalle!, (por supuesto la señora, viuda ya, las mandó tapiar), nos reunimos muchas noches con Alfonso y disfrutamos los tres de conversaciones tranquilas y de los habanos que el difunto Don Mariano acopió durante su estancia en este mundo.

Pasamos pronto al generoso olvido de una Sociedad que entró otra vez y como de costumbre, en tiempos tumultuosos. Las piedras del Miró serían devastadas por las balas de la Revolución del Parque y finalmente desaparecidas para transformar el predio en la Plaza de quien ordenó fusilar al tío de Felisa. Y ¡vaya paradoja!, donde levantarían el Palacio de la única mujer que amé.

Ella permaneció. La Ley. La que ayudé a construir aquel 24 de agosto cuando los hechos relatados tuvieron como corolario la incorporación al Código Penal del art. 171. A quien pudiera encontrar esto le pediría que si aún dicho Código rige, lea y sepa que la pasión y no el dinero mueve al hombre para aventurarse en la evolución de su naturaleza.

D.É.

MARÍA DEL CARMEN CÁRDENAS

DOLORES FERNÁNDEZ

PRÓLOGO

“De los diversos instrumentos inventados por el hombre, el más asombroso es el libro; todos los demás son extensiones de su cuerpo... Solo el libro es una extensión de la imaginación y la memoria”

JORGE LUIS BORGES

HABÍA UNA VEZ...

Palabras que abrieron la puerta de un mundo donde no existe la soledad.

Príncipes y cenicientas, gatos que usan botas, lobos que comen abuelitas y luego, el mundo del romance, Corín Tellado y sus amores rosa, que leía a escondidas debajo del naranjo.

Poemas que se mezclaban con revistas de historietas y a falta de libros, los suplementos del diario del domingo, con mi página preferida “Zahorí una cita contigo misma”, repuestas a cartas de mujeres que morían de pasión.

Había una vez, una niña que amaba las palabras y escribía la tarea de sus compañeros a cambio de chocolates. La misma que en el secundario, alimentaba romances de otros, con cartas de amor por encargo.

Comparto con mis compañeros de Avatares el 8° libro y presenté *Corazón de Sauce*, donde mis quimeras se hicieron realidad.

Había una vez, hace mucho tiempo, cruzando el Río de la Plata, una niña que soñaba con un mundo ideal, donde las palabras daban abrigo, compañía y curaban penas.

Hoy, me doy el gran gusto de escribir cuentos.

BORRANDO MI REGRESO

Lunes, día en que pago, todos mis pecados.

Recuerdo algunos. Debería anotarlos. Le negué a mi vecina, una taza de azúcar, fingí estar enferma, para no cenar en casa de mi suegra. Le negué a mi cuñada ayuda para su parcial. Es que todos me acosan con pedidos, parecen pichones hambrientos. Mi marido contempla escondido detrás de su depresión. Hundido en el sillón. Con la barba crecida. En pantuflas. Para colmo, están gastadas en la punta donde asoman los calcetines negros, que sujeta con ligas en las pantorrillas ralas.

Por mi trabajo de contadora, debo presentarme en los negocios de Liniers. El que camina por esas calles, sabe de lo que hablo. Un mundo maloliente y oscuro, que se adhiere a la ropa, la traspasa y te marca la piel.

¿Dónde quedaron mis proyectos? En la facultad me pavoneaba hablando de mi futuro. Con un tío político, me veía a los treinta ocupando un cargo cerca del Ministro de Economía. Los medios dirían: La ascendente y bella economista apoyó la ley...

Tiempo atrás, llegaba a Capital, en mi coche. Una vez cumplidos mis trámites, los olvidaba y volvía por la autopista, a mi barrio arbolado, de calles prolijas. Pertener a ese espacio, me compensaba de los planes frustrados. Del tío no hablo. No hay nada más patético que un político venido a menos, de trajes lustrosos y discursos gastados.

La mañana es gris y pegajosa, se mezclan los olores de fritura y vino áspero. Unos metros más adelante, el olor a velas, de los puestos instalados frente a la Iglesia, se enroscan con el del incienso del negocio que vende toda clase de amuletos y materiales para embrujos. Que alguien me diga, qué vela encender, qué santo invocar, para librarme de mi infortunio.

Ya cumplí mi penitencia, con una sonrisa, no es cosa de perder los pocos clientes que me quedan. Ellos, de miradas pétreas, gestos lentos, sonríen poco, lo suficiente para que vea brillar un diente de oro, entre

los labios gruesos, húmedos. Condescendientes, me oprimen la mano, la sacuden. Son mis patrones.

Yo me marcho con mi título bajo el brazo, rogando que no llegue un sobrino, hijo o pariente, con un título sin arrugas, que lo amerite a llevar las cuentas, o a ser Ministro de Economía

Tomo impulso. Sujeto mi maletín como el bien máspreciado, debo sortear media cuadra y llegar a la parada del colectivo. Me preparo para la embestida. Volver a casa, será el premio consuelo.

Olvidaré por unas horas la venta del coche. La crisis. El cierre de la empresa, en que mi marido, trabajó veinte años. Ahora padece del síndrome de Gerente General en desuso.

Libre. Pagas, por treinta días, mis pequeñas miserias. Prometeré, mientras me sacudo en el asiento, ser cordial con mi vecina, alabar, la comida de mi suegra. Ayudar a mi cuñada a lograr su Licenciatura, a los cuarenta, después de criar tres hijos. Esquivo a los anónimos que intentan como yo, huir de otros anónimos. Forastera, en esas veredas trajinadas. Pálida y gris, en un carnaval sin sonrisas, de vestimentas coloridas, de etiquetas falsas, colgadas en perchas a los lados de la acera, en espera del que quiera comprar un espejismo. Un mundo adulterado. La multitud ansiosa, me atropella, para tomar el próximo colectivo. Cuando suban veinte o treinta personas, será mi turno. Olvidaré que existe este lugar. Una mano se agita frente a mis ojos. Quedo atrapada en un espejo que me acecha, entre linternas y flores de tela que nunca florecieron. La mano me busca, las uñas sucias, rotas quieren aferrarme. La enfrento, ropas andrajosas, pelo apelmazado, en la cara, líneas como tajos. La mirada asustada, incrédula, los anteojos sin cristales, cabalgando en la nariz. Un lunar, en forma de cereza pequeña, sobre el labio superior. Mi lunar. Mi cara.

Todo es oscuro, me pierdo en la nada. Más allá, baldosas rotas. Pisadas, que se van, borrando mi regreso. Extiendo la mano, con desgano alguien, deja caer una moneda.

En las paredes, los carteles anuncian: Llegó su salvación, únase al milagro de la Iglesia de... Préstamos en el acto... Resaltado con marcador rojo, sexo para todos, llame al...

EN VUELO DE GUITARRA

Estoy sentado en el mismo lugar que hace cinco años ocupaba Juan Paz, mi abuelo materno. Las mismas baldosas, ahora desgastadas. El metro cuadrado de sol del mediodía que con los cambios horarios, ahora llega a las once. La pava, el mate. Como entonces, más allá, a la sombra del nogal Lépera intenta morderse la cola. No es un fantasma, es un descendiente del primer perro de la chacra. De niño creía que el perro tenía la edad del abuelo. Recuerdos, pasaba horas viendo el ir y venir de las hormigas, ese era el trato, calladito. Cuando el cuadrado tibio se ensombrecía, el abuelo erguía su largo y sarmentoso cuerpo y desaparecía en la boca oscura de la casa. Tiempo de jugar, me balanceaba en la gorda goma de un tractor que se oxidaba pacientemente en un descanso involuntario. En esos tiempos no me preguntaba el porqué de la pobreza que azolaba la chacra. En la mesa humeaba el puchero y escaseaban las palabras.

Un mediodía a la acostumbrada presencia de la pava y el mate se sumó la guitarra. Lépera y yo no pudimos evitarlo, nos acercamos despacio, casi arrastrándonos. Los dedos encallecidos arrancaban penas como notas que lentamente se enredaban en el aire. Esa mañana me prendí a la música como abrojo y las arrugas del abuelo se volvieron sonrisas.

La escuela me parecía una penitencia hasta que las letras formaron palabras y ellas canciones.

Los años niños pasaron y la ciudad era una fruta tentadora. Mi abuela siempre silenciosa, tomó la palabra, dejó la sombra en la que tejía y destejía recuerdos. No caigas en la trampa, tu madre lo hizo, cargó la mochila y se marchó.

En casa no se hablaba de ella, se fue, yo la suplanté. La abuela insistía, Juan la entusiasmó, él se tuvo que quedar en la chacra, y con el tiempo yo me quedé sin mi hija.

Que se le puede decir a una mujer que llora. Abuela, yo voy a regresar, en cuanto me llames vuelo en mi jet privado. No estaba muy seguro de lograrlo.

Los años pasan rápido o lentos según cómo te trate la vida. Recorrí con la guitarra de Juan Paz, Boliches, Club de Barrio, Bailantas. Teatros de pueblos perdidos. Mi nombre apareció en carteles junto a soñadores desconocidos, cargados de esperanzas vanas.

Perdí la noción del tiempo y el espacio, naufragué divagué, renací. La guitarra entró y salió del empeño. Ayer, tuve que elegir entre ella o un pasaje de avión. Tenía que llegar a tiempo.

Perdón abuela, no cumplí mi promesa. Hubo paro de trenes.

ALTERNANCIA

Oigo pasos, se acercan, se detienen. Se marchan. Tratan de enloquecerme. ¿Cuánto hace que estoy aquí? Perdí la cuenta, antes hacía marcas en el piso de cemento. Las borró la mugre. Día y noche son oscuros, pegajosos. Solo por dentro y por fuera, sin recuerdos. No quiero darles pistas.

Quiero dormir, soñar, huir. La oscuridad es mi enemiga y a la vez me protege. Sólo. Mis compañeros fueron desapareciendo uno a uno. Tengo frío, mis dientes se golpean unos contra otros, en una lucha fratricida.

Los olores del monte me hacen olvidar mi propio olor. ¿Cuánto hace que no me doy un baño?

Hundido en la tina, mis seis años prendados del ir y venir de la navaja, sobre la cara jabonosa de mi padre que me contaba historias de su juventud. El perfume a colonia me hace lagrimear.

Aromas. El chocolate de la tía Francisca y sus bizcochitos de anís. Recuerdos, como mariposas nocturnas me golpean la cara.

El ruido de una rama que se quiebra. ¿Sera el enemigo rastreándome? Me pego al tronco de un árbol seco, no sé qué hacer.

Despierto tiritando, perdí mi sueño. Aprieto la cara contra el piso helado, quizás logre calmar el dolor que late, como una bomba a punto de estallar.

No voy a decir nada, no les daré la oportunidad, estoy en las últimas. Quiero recuperar mi sueño.

La barba molesta. La piel tirante y los dientes que no paran de golpearse unos a otros. Si me viera mi madre. Ella reía con su risa de muchacha, mirando mis intentos por alcanzar el espejo y encontrar dos pelos locos para mi primera afeitada. Mi madre, no la recuerdo triste. Ella murió antes de que yo decidiese apartarme del camino de mi padre, militar de carrera, orgulloso de sus charreteras.

Si viene el enemigo sólo me queda el cuchillo de monte.

¿Por qué despierto? Estaba bien acurrucado contra el árbol, aunque me acechase el peligro podía adivinar las estrellas entre las ramas y el aire fresco que desde el arroyo prometía agua limpia. Me siento débil, debe ser por la fiebre, ya no hay dolor. Cuando vuelva el día encontraré algunas frutas y huevos en los nidos. Estoy cansado, tan cansado que no sé si podré despertar. Quiero sentir el sol calentándome los huesos.

—Cabo.

—Si mi sargento.

—Traiga al detenido.

—Mi sargento, el calabozo está vacío.

YO VIVO EN UNA CIUDAD...

Una tarde cualquiera en una esquina cualquiera empieza el juego.

Resuena la noticia: Derrumbe de un edificio. Víctimas fatales.

Seres despojados de lo máximo y de lo mínimo. Corren los periodistas, los camarógrafos, hay que ofrendar la noticia al público. Entre nubes de polvo vislumbramos la escena. Los transeúntes, se demoran y

luego se alejan con prisa, preocupados por sus paredes, sus techos. Se pierden en sus tinieblas o en sus soles.

Figuritas que mueve un gigante omnipotente, que decide quien tropezará en los escombros. ¿Quién caerá? Quizá la vida, bese al jovencito, que da sus primeros pasos en el noticiero de la tarde, nervioso con los auriculares torcidos haciendo preguntas que no encuentran respuestas. De la tragedia en directo a su pantalla.

El que decide quien estará en la próxima esquina, cuando el taxista, distraído por el derrumbe, se estrelle contra el kiosco de diarios.

El poderoso señalará al ignoto, que será famoso por ser parte de una cadena de tragedias. Luego, cuando todo se calme y la cortina de polvo ahuyente a los curiosos y los coches borren las huellas de sangre del asfalto, el gigante cansado abandonará el recreo. Bostezará aburrido. Buscará otro edificio que linde con una nueva obra, con un gran cartel que anuncie la construcción de una torre moderna y luminosa y en una calle cualquiera de mi ciudad, con un manotazo caprichoso reiniciará el juego.

SOY...

¿Me recuerdas? Soy el que se perdía en el mar de tus ojeras y respiraba sobre el temblor de hojas de tu piel. Soy quien amarró su barco en tu bahía y no puede olvidar el sabor de tu interna timidez. El mismo que descansó en el musgo de tu isla y despertó bebiendo de tu sed.

LA OREJA AUSENTE

Noche de chicas: es un decir. Hace unas décadas era así, quedamos tres fieles a esa costumbre. Quizá, te ocurra lo mismo, que a las que desertaron por la familia, trabajo o simplemente aburrimiento.

Ensalada para mí y platos rebosantes de calorías para ellas. Mi pedido es apropiado, al primer bocado, comenzaran a contar día a día sus vivencias. Harán preguntas, exigirán respuestas, me quedaré con el tenedor en el aire mientras la lechuga se achicharra. ¿Qué puedes hacer en esas situaciones? Escuchar.

Siempre fue así, cuando éramos más jóvenes, me ardían las orejas.

Una, asegura que mi consejo fue acertado y que no se separa. Ya no recuerda las travesuras del marido. Cambiaron el coche y reservaron pasajes para las vacaciones.

Estoy aliviada, hoy podré explicarles cómo evoluciona...

Me apresuré, debo escuchar a la solitaria del grupo, se sonroja, no es para menos, ha hecho realidad el refrán: “Siempre hay un roto para un descocado”. Por el entusiasmo, se han dedicado a zurcir la rotura. Ya sé que te hace sonreír, pero es una manera de gambetearle a la soledad.

Qué suerte, pidieron los postres voy a contarles que...

Me miran curiosas, los ojos fijos en mi cabeza, no me escuchan, piden la cuenta y aseguran que el pañuelo me sienta bien. Al unísono, me recomiendan un negocio donde alquilan pelucas. Me besan en el aire.

Como vos y como tantos solo quería que me escuchasen un momento.

FUGAZ

Explotó el sol en saetas de luz y despertó a los durmientes, que aterrados, miraron las impasibles agujas del reloj.

Palpitaba el corazón en las venas y la sangre insubordinada opacaba los silencios. Se abrió el tejado como mujer en celo y el astro rey la fecundó de luz. El viento canturreó en los nidos, pero antes que la alondra levantase el vuelo, volvió la noche oscura y el tic tac del reloj se adueñó del tiempo.

EL VERANO

Esperaba la madurez de las brevas y me adormecí entre tréboles de cuatro hojas, arrullada por la música áspera que brota de la tierra. Abejas golosas, dibujaban besos sobre mi boca ansiosa. Intenté despertar. El abrazo, de las ramas cargadas de frutos, me reclamó cálido y me entregue gustosa.

UN INSTANTE

Estamos presos. Atmósfera de placares clausurados, sonrisas olvidadas detrás de abochornados espejos. El gris, flota anoréxico mientras el invierno se resiste a confesar que la deseada primavera, se marchó llorosa después que el otoño abusó de sus besos, profanó sus aromas. Placares clausurados que intentan conservar antiguas galas. Maniqués antiguos de escaparates desahuciados en tiendas liquidadas.

Entrego mi diezmo a cambio de una sonrisa tímida, del vuelo de una caricia de tu mano, que busca mi espalda erguida aunque sea por un breve instante. Porque la vida sigue aunque la muerte avanza. Tan sola una sonrisa que se atreva a enfrentar otras miradas, que perfume de almizcle, que se vista de rojo y ría carcajadas.

REMONTAR VUELO

Echaste el ancla en la multitud anónima, opaca. Te dejaste llevar por el vaivén mimetizándote en la masa invisible y muda. Oxidaste tu futuro, bloqueaste los puentes.

No puedo, no alcanzo, no sé... Te pregunto ¿si un rayo de luz te alcanza y fugaz te muestra otros paisajes, si el no te metás se desintegra y

el coraje te empuja y recorres caminos y te animas a cruzar los puentes, cambiarías el rumbo, levantarías vuelo?

STAR

Trepada a tus altos tacones, los mismos, con los que pretendías alcanzar la fama. Con tu alma de papel y lágrimas de tinta escribiste el adiós. Volaste como cada noche cuando tratabas de alcanzar una estrella que hoy comprobaste que era de cartón y brillantina.

CUANDO...

Cuando no me refleje en los espejos y las baldosas de mi barrio extrañen mis pasos y el teléfono suene y no conteste. Cuando la taza roja tiemble de frío añorando el café caliente y las plantas claudiquen y los peces floten y el vestido azul extrañe mi piel, entonces, seré llanto de recién nacido, veré otros rostros. Tendré otro nombre, unos no sabrán que he vuelto, otros no sabrán quien fui.

DOLORES FERNÁNDEZ

CARMEN FLORENTÍN CABRERA

PRÓLOGO

A los que me amaron

¡VIVAMOS!

Vivamos honrando la vida aunque los otros vayan de contramano
Sembremos a pesar del terreno árido y veremos crecer las más hermosas flores.

Sonríanos siempre después de llorar. Señal de que estamos vivos.

Siempre habrá abrazos cálidos que nos harán olvidar los gélidos.

Siempre habrá palabras dulces que nos sacarán el amargo de una ofensa gratuita.

Siempre esperaremos el milagro que un día ocurrió

Pensemos que el mañana nos encontrará rodeados de amor y embriagados de dicha expresemos

“Pucha que valió la pena vivir”.

Y... a los que me aman.

EL CIRCO

El Circo llegó al pueblo estaqueando el suelo, tomaron un terreno y se lo apropiaron, diciendo que tenían el consenso de todos, los que decían ser equilibristas solo sabían barajar naranjas, el payaso ensayaba veinte veces su discurso porque ya no tenía memoria, las bailarinas con sus medias rotas, bailaban lo que se les pedía, animales no había porque decían ser protectores pero la verdad es que no habría nadie para domarlos, las luces debían encandilar al público para que se vea lo menos posible, el sonido ensordecedor para aturdirlos, las entradas muy baratas para que vengan solo los más pobres de mentes.

Comenzó la función en primera fila los funcionarios aduladores y detrás el pobre pueblo.

DETRÁS DE LA IGLESIA

Palmira Decreto se había vestido esa novecita con su larga pollera negra, su blusa gris perla y su infaltable mantón para cubrir su larga y renegrida cabellera, se llegó hasta la iglesia, cruzó el campito y se perdió entre los matorrales.

—Pobre Palmira no le quedó otra que refugiarse en esa vieja iglesia que ya nadie va.

—También si la llega a ver su ex marido que anda buscando otro hombre; le prometió que la mataba.

—Yo no sé si no es peor esta vida, duerme hasta el mediodía, a la tarde lava y plancha su ropa y ya llega la hora de misa otra vez.

—Y no te olvides que él pasa todos los días por su casa acechándola y buscando algo en que agarrarla, pero dicen que solo encuentra cánticos, oraciones y agradecimientos a Dios.

—Que vida que llevó la pobre, no tuvo otro novio, no tuvo hijos, no conoció ni siquiera lo que era un baile.

–La verdad yo no tengo de que quejarme me casé con mi primer novio, tuve cinco hijos y cumplí veinte años de casada.

–Pero ¿sos feliz?

–Mirá mis padres me eligieron el novio, tuve unas de la mejores fiestas del pueblo, mi marido trabaja mucho y está siempre cansado, así que yo soy feliz en mi jardín, viendo a mis hijos crecer y como engordan mis gallinas.

–Yo me quedé solterona para cuidar a mamá.

–Te dejo porque tengo que preparar la cena, porque si no está hecha mi marido es capaz de revolearme el plato por la cabeza.

–Si yo también me voy, tengo que cambiarle los pañales a mamá.

Detrás de la iglesia, en el montecito se escuchaba música, risas, carcajadas con ganas, reproducían los sonidos de una bailanta.

SER UNA INSIGNIFICANCIA

Teresa Breve miraba como el atardecer envejecía haciéndose noche, desde el ventanal de ese bar al que había llamado Alfredo. Quedaba en Chorroarín y Av. San Martín. Sus ruidos de lavaplatos y pedidos bajaban el tono cuando ella llegaba, con su sonrisa a flor de labios que terminaban de florecer cuando él aparecía. Las nubes presagiaban tormenta. Con el primer relámpago, llegó el primer estremecimiento. Sintió frío, soledad, angustia. Todo eso junto no fue nada comparado a lo que le pasó cuando le comunicó que se casaría con su novia de toda la vida.

Esa mañana, la despertó un zumbido. Sus pies eran dos patas largas cubiertas por un pelaje negro, dos rayas blancas cortaban con tanta negrura. Su boca era un tubo succionador, con hambre de sangre.

Estaba parado sobre un portarretrato que mostraba una pareja que parecían felices. El hombre de la foto, solo tenía una mueca, no era la típica sonrisa de plenitud.

De allí voló buscando la dirección de los recién casados. Tan solo tuvo que hacer dos cuadras y buscar una hendija por donde entrar. Allí estaban ellos, justo en el preciso momento en donde ella miraba con asombro tanta lava salir de un volcán en ebullición.

Ahí comprendió el arte del cual contaba para acelerar cualquier boda. Había un muslo derecho, tapando el monte de Venus, que por cierto, carecía de vellos en comparación a ella. Un brazo que tenía por terminación unos alargados dedos pintados de rojo pasión.

En la televisión, el noticiero daba cuenta de la epidemia de dengue. La locutora comentó en tono de asombro, el caso de una pareja de recién casados, muertos en menos tiempo en comparación a los demás enfermos y el comentario del médico: uno de los cadáveres tenía todavía un mosquito, pero de mayor tamaño, succionándole el rostro del masculino.

LA MORERA SE BALANCEABA

Entre sus brazos de ramas, acunaba racimos. El viento de cómplice jugaba a la vez. Vereda de antaño, cobijo de ayer. Mil pisadas sufrieron, nunca un beso. Sol y agua jugaron sobre su tez.

La morera se balanceaba, arriba y abajo un fuerte vaivén. Frutos rojos fuegos, pasión sin nacer. Había otra morera y otra vereda pero sin piel. Una baldosa floja se levanta y el viento que todo lo ve. Sopla con fuerza, doblando la rama. La morera se abalanza y se deja caer, rozando sus ramas llega hasta ella. Al fin la vereda bebió del rojo fruto su dulzor. Extasiados de amor, dejaron de estar solitarios.

LAS ALMEJAS

Ada Montes estaba embarazada de su sexto hijo, nunca había pensado tener tantos chicos, de reojo vio que llegaba del colegio su hija

mayor, que suerte que tiene, yo a su edad ya trabajaba en el puerto, se dijo. La llamó a un costado y le pidió: – hija tenés que ir a la orilla del mar y traerme almejas, pero fijate que estén bien abiertas, en compensación te hice un enterito rojo lleno de lentejuelas, que yo pegué con mis propias manos, pero antes tenés que pasar por lo de tu abuela y llevarle tres almejas.

Cuando llegó a la casa de su abuela, no vio la lamparita roja encendida, en cambio le sorprendió ver dos hombres y no uno como siempre, sino grandotes, uno con pinta de cazador y el otro parecía un lobo marino. Hambrientos se abalanzaron sobre las almejas, pero como eran pocas, también se comieron a la niña.

La abuela un poco asustada, corrió con el resto de las almejas hasta la casa de la hija.

–Pasó algo muy feo, unos hombres que vinieron a visitarme, se comieron a tu hija...

–Mamá es tarde y tengo mucha hambre, lo único que te pido es que me des la bolsa con las almejas y después habrá tiempo para ver que podemos hacer por mi hija o sea tu nieta.

NOCHES SIN ESTRELLAS

Cúmulos de hielo no dejan verte. Es tan vieja esta cama que un óxido corrosivo está comiendo una de sus patas, pero ella se resiste y deja que una enredadera cubra sus heridas. Es tan larga la noche que no me alcanzan las ovejas para contar. Ni una tibia caricia se escurre entre las sábanas.

Nunca he visto el cielo como otros dicen. Ni me he perdido entre el bien y el mal. Todo es una fotocopia del primer día, ni el futuro le augura mejoría. He pasado años esperándote en la cama.

Me han dicho que la pasión tiene su estación allí, quizás ha cambiado su destino y otras camas, otros rincones la acobijen, pero estoy muy cansada ya para buscarla.

SE ENFRÍA EL TÉ

Apúrate, corre la cortina esa que no te deja ver. Abandona lo ya conocido y toma ese tren. Que con su silbato te quiere enloquecer, para que despiertes y otros rincones quieras conocer.

Quizás te lleve a mis anhelos no estrenados. Preparé un té de sueños no compartidos con aroma de amigos íntimos, una torta golosa que se desarmará en tu boca.

Endulzaremos todo con lunas de mieles y calentarás la tetera con tus rugosas manos para que no se enfríe.

He puesto flores frescas en un frasco de vidrio cualquiera, ya no importan los detalles mínimos. Un té para dos, nunca es tarde. Antes de que cante el gallo. Antes que se ponga el sol. Antes que salga la luna.

Antes que nada, toma de mi té.

HOMBRE DE OJOS CHICOS

Que estrecho mundo de permitidos. Caminos negados a la propia conciencia. Vive.

A tu alma la duermes antes que bostece. El mar de tus ojos no ha visto la selva que habita en ella. La miel de su mirada ha endulzado tu estado. Has dormido por años acunando prestigio. El tablero has sabido moverlo pero no has ganado. La virginidad no te ha llenado. Ríe. Su candor ha derretido tu témpano. Te rasguñas para sacártela de la piel. Festeja. Arrancarías tu mente para que no te la recuerde. Tienes poder y tomas decisiones. Tienes un alma que te reclama lo que debes. Anotando cada minuto sin sentido. Necio de ojos pequeños, ábrelos, salta. Verás que el abismo no es tan profundo.

PASO POR MI VIDA

Horas perdidas de un reloj sin tiempo, a tiempo para llegar y no irse. Hizo agua. Sábanas blancas y no negras, bailes de a dos, acompañaron las dos hojas escritas.

¿Quién era? ¿Quién seré? Negras nubes, mala fariaña. Que poco dura el fuego, fósforo de un día, hoguera eterna entre sus...

¿Se termina? Entre líneas se lee un poema, entre lo antiguo, un zaguán oscuro. Una luz eterna alumbrará, nadie sabe de quién es el farol. Pero brilla y ríe.

VIEJO

Se ha detenido tu tiempo, tardaste mucho en tus caracolados peldaños, sentado y viendo.

Cuántas casas tienes, cuántas habitaste, buscándola. Solo construiste tu mundo. Solo el hogar te recuerda la hoguera. Se ha enfriado tu estampa, apenas te entibias si miras las fotos de esos días.

CULTURA

Arriba bien arriba quería subir del fango salir, huir de frías chapas, a través de libros, debía abrir ventanas de neuronas nuevas, el mundo a sus pies, salidas encontradas, en cada oración de novela, en cada párrafo, en cada verso, en cada maestro de la vida.

Llegó lejos, llegó a todo sitio llevada por los libros y hablaba de Borges, de Cortázar, y del universo como si fuera un pedazo ahí, un reino de su existencia.

APUESTA

Parece que había caído, pero solo está agachada, recogiendo pedazos de cielos. El conejo de la suerte la ha mirado e indicado su tiempo, está en ella, elegir el juego, entrar y salir. Coronarse de versos, o reinar en encuentros turbios. Todavía hay gente que le indica, somos de allí y no tenemos retorno.

Tu alma es pura, no te agaches demasiado, ensuciarás tu limpio ruedo.

AUTISMO

Se han volado tus hojas, ¿qué más quieres perder? ¿No ves la soledad que te rodea? Su silla yace muda, te ha estado esperando diez años y ni sombra le has dado, ni frutos, ni raíces echaste. ¿Cuánto más creías que te regaría?

FLOR SALVAJE

Entre estas sabanas blancas has deshojado tus pétalos rojos. He bebido de tu savia, arqueándote como un sauce. Tu tallo abrazado a mi enredadera ha sido uno. Tus espinas las guardas para otro depredador, a mí solo has de darme perfume. Tus partes han dejado correr gotas de rocío, que han caído en mi boca. Tus pistilos encandilaron a la noche que se llenó de estrellas. Te he abrazado tan fuerte que temí ahogarte, pero al verte radiante comprendí que seguiremos juntos, trepándonos hasta llegar a la eternidad.

MORTERO

Pisa fuerte, muéleme, aplástame, rompe mi cáscara para ver mi interior. Verás germen fresco resguardado. Ni un día pasas sin empalarme, ni de noche descansas. Comprimes mi vasija hasta ahogarme. Pero salto y vuelo cuando no me ves, hago piruetas en el aire y me divierto con mis otras amigas pisoteadas. Cuanto más vas y vienes más me transformo.

Si antes era un simple maíz, con tus golpes soy harina refinada.

Alimento de otras bocas, pan caliente, dulce y tierno budín.

Quién diría que de tanto saltar me hiciste ver otro horizonte.

VIVIR

Panchita Contreras acababa de tirarle el café caliente a la cara a Horacio Fuentes, su novio de toda la vida, porque él no tuvo mejor idea que decirle de una –Me caso con otra–, fueron tantas las maldiciones que le deseó acercando su boca al oído, que varios parroquianos quedaron perplejos y huyeron despavoridos. De allí salió con su bicicleta y bordeó el acantilado, cuando vio de lejos a Carlos Ibarreta, compañero de la secundaria que siempre la pretendió.

–¿Adónde vas Panchita?

–Adonde vos vayas

–Vos sabés muy bien que quiero de vos y a donde ir.

–No pierdas más tiempo la vida es muy corta

Estrujados y revueltos entre los yuyos se los vio de lejos. Llegó a su casa acarició a su perra Paz y a su gata Armonía, únicas e incondicionales compañeras, recibió un llamado que la alteró bastante.

–Señora le comunicamos que tiene que dejar la pensión antes de fin de mes.

—No será cuando Uds. quieran, la dejaré ésta tarde porque se me antoja.

Sonó nuevamente el teléfono del otro lado era Carlos Ibarreta.

—Te quería decir que hoy la pasé muy bien con vos y me gustaría que se repitiera.

—Para mí no fue importante y no quiero que se repita, chau. Y cortó. Se preparó como todas las tardes, de negro. Su cita era la única importante para ella. Un Cementerio, una tumba y un peluche rosa. Motivos suficientes para no temerle más a nada ni a nadie.

LAS VÍAS MUERTAS

Nunca me sentido sola, si yo estoy conmigo. Cuando el mundo exterior me agrade, vuelvo a la soledad de mis charlas. Puedo estar con las paquetas y sentirme villera y, en la villa: paqueteta. Entre mil personas: sola y..., sola llena de pensamientos que vuelan como saetas. Miro esta vieja foto, nada ha cambiado, sigo sentada sobre la vía. No sé si espero el tren o reto al destino y digo: acá estoy, decide tú si me pasas por arriba... yo seguiré aguantando.

CARMEN FLORENTÍN CABRERA

CLAUDIA GUALA

PRÓLOGO

Atreverse, desplegar la sensibilidad, dejarla ser más allá de nosotros mismos. Percibirnos y darnos cuenta que misterios se esconden por debajo de todas las superficies. Es salir del claustro. Desear sentirse libre.

Estimularse, nutrirse, aprender y dejarse llevar por el impulso de la inspiración que respira sentires del vivir intenso.

Escribir es como un juego entre nuestro interior y el afuera, regido por los sentimientos. Escribir es parir.

Aquí me hallo, embarcada en esta aventura fascinante, que día a día me desafía a más...

... Rodeada de amor, todos los sueños son posibles.

SIN DESTINO

Vuelvo a casa luego de una jornada normal y cansadora.

Mi auto es chico y conozco el camino, no voy despacio, aprovecho que conozco el barrio. Tengo que hacer unas compras mínimas, y nada más, ya me puedo encerrar tranquila y ver cómo me entretengo hasta la hora de volver a empezar, después de un tramo

Me llega un texto con el mensaje: “ojo con los días grises, alientan a los tristes e incitan a los suicidas”. Es de mi amigo el loco Willy, que quiere ser escritor, o algo de eso, y cuando se le ocurre algo, me lo manda.

Seguro que está medio depre, entonces piensa ese tipo de cosas. O tal vez ayer se haya embriagado de nuevo, y la resaca y todo eso le provoca esas salidas.

Falta poco para llegar a casa, no le contesto. Tomo por la Avenida, y me encuentro con la barrera baja (otra vez tengo una especie de desafío con ella, si las barreras), y un caos de tránsito. Algo pasó. Por fin la atravieso, escucho al policía con su radio: “accidente fatal, masculino, joven, cercano estación Villa del Parque”.

Llego a casa, mensajeo a Willy, no contesta.

Cada mañana quiere volver a creer en algo, y una nueva ilusión se destiñe frente a él. Prepara sus cosas y sale, la noche fue muy difícil, el día vuelve a darle otra oportunidad, quizás.

Mi casa está un poco desordenada, comienzo con la tarea y también con la cena, cocinar es terapéutico para mí.

Willy, vuelve a llamar.

–Qué tal flaca hoy.

–Yo bien, suerte que no era un día gris para mí.

–¡Viste cómo estamos! Estoy por mi segunda cerveza. Solo comprados.

–¿Y tu hígado?

–No sé. Creo que sigue ahí, en el costado derecho del cuerpo. Sonríe. No estamos bien. ¿Qué novedad no?, tengo que cuidarme.

Pienso mientras casi no lo escucho, que el destino se provoca. Intento creerle porque siento cariño por él. Pero como podría si hasta veces descreo de mí misma. El diálogo entra en un cono de sombras.

–Continúa con tu tarea niña, yo sigo por aquí. Corta.

No tan lejos o muy cerca cartones mojados y desparramados por ahí, sin nombre, sin documentos. ¿Alguien esperaría por él? o ¿por un par de monedas que hagan ese día diferente? No lo sé.

La mugre está en otras almas, las que no esperan a nadie...

Vuelve Willy a llamar

–Sigo mal y ya no tengo que tomar.

–Esto no lo podés hacer sin mí.

AQUEL LUGAR

Entre Constitución y aquel lugar, un abismo, un respiro, y todo puede volver a comenzar.

Esperaba en el mini mercado de la estación de servicio de Av. 9 de Julio e Independencia.

De repente, la vi. Aquella bicicleta amarrada al poste de luz con doble cadena. Era ella, podría distinguirla entre miles. ¿Por qué estaba allí?

Yo solo esperaba hoy si llegaría, aunque el mañana se diluya.

No pude moverme, pedí un agua aunque no tenía sed, necesitaba creer, pero Buenos Aires siempre fue tan cruel y demoledor.

La bicicleta en el anonimato, no para mí.

Recuerdo su respirar agitado en mi nuca, que corrí y corrí hasta quedarme sin aliento y él por detrás en esa bicicleta diciendo palabras en el aire que algunas ya pude olvidar. Creo que entré en la casa de un vecino, sin registro de que le tenía pánico a los perros y allí había uno que no paraba de ladrarme...

Hoy, (qué loco, otro mundo) solo espero, lo imagino acercarse con su mochila al hombro y sus ojos claros y lejanos.

Quise descreer de las casualidades y prepararme para la llegada sin más.

Pero la sinfonía de mi cerebro hizo estragos y cuando quise darme cuenta fui lanzada hacia la calle, hasta que algo me detuvo. Un tipo maloliente”, roto” se para frente a esa bicicleta y como si se tratara de alguien vivo comenzó a decir algo así como... “Se debe estar embriagado siempre. Todo consiste en eso. Para no padecer el horrible fardo del tiempo que quiebra los hombros y los inclina hacia el suelo (me fui acercando), uno debe embriagarse. Pero ¿de qué? De vino, de poesía, de virtud, de lo que sea. Pero embriagarse”... Nada más pudo decir.

Recogí algo duro del piso y con toda mi furia se lo incrusté en el medio del cráneo. Y corrí.

Crucé 9 de Julio con semáforo a favor, entre a un mugriento locutorio, pedí una PC y desde allí seguí la escena.

La bicicleta amarrada, un policía que miraba de costado al indigente con la cabeza abierta y no hacía nada, un par de curiosos, personas que esperaban el colectivo y él que ya estaba allí y se entretuvo unos minutos con el episodio, mientras no dejaba de mirar hacia las sillas vacías del mini mercado y marcaba una y otra vez su celular. El mío sonó tantas y tantas veces que me harté y lo apagué...

La bicicleta ya no estaba amarrada.

Y sus ojos claros... siguieron brillando en el gris.

INSOMNIO

–No intentes cerrar los ojos, ni siquiera parpadear. Aquí hay mucho por hacer, no encojas las piernas, ni aprietes los dientes. No podrás.

¿No te das cuenta? que estoy aquí y no pienso abandonarte.

Movete si querés, caminá del cuarto a la cocina, escuchá música, meditá o quedate sin respiro, yo seguiré a tu lado.

Afuera hay silencio, aquí gritan ahogadas las palabras y chillan tus músculos inquietos.

No lo intentes porque sé que no los vas a lograr. Sí, vos. Para qué tantos papeles en blanco si el vino se acabó.

Vení, no desesperes. Soy el fiel compañero de tu oscuridad.

FUGA

Desató su mente de ataduras. Conquistó el espacio sin aún despejar de la cama. Airoso corrió por pasillos atestados de personas, que se miran sin mirar. Intentó encontrar una salida.

Las sabanas olían a alcohol y flores silvestres.
Cualquier día podría regresar.

SOSIEGO

La siesta se prolongó más de lo acostumbrado. El verde intenso pacificó el alma y aclaró los grises intensos, que intentaban atormentarlo. Pudo sonreír.

FUERON

Después todo fue silencio. El cuarto solo olía a ellos. No hubo sangre, ni dolor, no hubo testigos. La ventana permaneció abierta toda la noche.

A VECES

El cuerpo en silencio. La música late en el río inquieto. Sensibles tambores vibran lamentos de tristezas ancestrales. La memoria se llena de cánticos y colores intensos. El laberinto se despeja, el sol se deja ver entre los arboles. La melodía llega al máximo de esplendor Bailan y bailan. Poseídos, iluminados. Exhausto de placer el cuerpo retorna al cuerpo. Repiquetean los tambores.

DERROTA

Busco tu mano en el silencio de esta soledad compartida. Hace tiempo, no se cuanto, que estamos allí, con la mirada perdida hacia la puerta entreabierta. Vemos la luz penetrar nuestro horizonte y creemos escucharlo reír. Hoy ni siquiera, nos dan las fuerzas para rozar nuestros dedos, debilitados por la espera.

POESÍA

EL MAR

El mar, unió los destinos, los motivos.
Los silencios y las búsquedas.
Ahogó soledades a la deriva.
Navegó saladas tristezas.
No se imaginaron...
Allí, sentados frente a lo insólito

DESALOJO

Habitar otro cuerpo
Respirar de a ratos.
Fría el alma,
deambula insípida.
Amasar, hacer y desaparecer.
mientras los órganos emigran,
y las manos se vacían.

Nos creemos a salvo,
y ya no seremos aquellos.
Estamos atados. Seccionados.
Gobernados por una noche brillante.
... Y sonreímos por fin, con dientes muy blancos
cuando vienen por nosotros.

ABISMO

El fluir de la sangre, desbarata los sentidos de la razón.
Sin razón entregamos las entrañas que se hacen polvo.
La piel se desgarrar. Los huecos se vacían, se llenan.
Aún tiemblan quietos ante el estruendo, aún.
Luego...
la calma en fundidos olores que huyen del alma, de la piel al abismo.

IMAGINARIO

Los elementos se superponen, encajan, quedan libres, se realimentan.
Una corriente los transporta, ya no son los que parecían ser pero siguen
siendo. Suelen alejarse y reconocerse en el más allá.
Vuelan siempre vuelan livianos, sutiles y al aterrizar dejan de ser...
Cualquier motivo, cualquier silencio los reconcilia con ellos mismos.
Los elementos fluyen, se enquistan en nuestros laberintos.

EXTRAVIARSE

Cielo despoblado de estrellas.
Orillas secas. Miradas quietas.
Profundos vacíos,
que ya no duelen.
Se abisma. Se teme.
Silencios y más gritos.
La búsqueda es el fin,
El fin un retorno.

ROCÉ TU ESPALDA

Mis prendas se vuelven rígidas
ante la carencia de tus manos.
Debajo, mi cuerpo no reveló ningún olvido
cuando te sentí aquella noche tan cerca,
tan lejos
¡Ya no! Me dije.
Si me confundo en tus aromas
dejaré de ser y me volveré recuerdos
... rocé tu espalda
me miraste como nunca. No fue un sueño.
algo de vos se sumerge debajo de mis ropas
livianas a tus caricias.
Algo de mí se revela en tus rincones.
Tu espalda, mi cuerpo, una canción.
Quise abrazarte, no pude.
Estábamos casi todos allí.
Tu espalda
me recuerda el infinito placer.
Me miras...
Siempre nos hemos mirado
con profunda intención.

EN MI CALLE NOCTURNA

Tus ojos arderán
como viejas brasas.
Las mañanas serán heladas
y una profunda melancolía
arrasará con mis sentidos.
Tu rostro sumergido, en mi espejo
se esculpe en mi mañana tibia.
Todos los rincones, son este lugar inquieto.
Todos los momentos, este instante de vida.
Todos mis caminos retornan al aquí y ahora.
Todos los sonidos, los recuerdos, los olvidos me sorprenden.
Todo en mí se transforma.

SILENCIAMOS

Silenciamos mañanas,
en ese acuerdo tácito.
Sin promesas,
recuperamos un segundo de felicidad.
Sí, aquella que se siente de a ratos y no tantos
conseguimos ese “rato”.
El encuentro, un motivo
Para que solo una mirada cómplice,
reconforte nuestro andar por el camino.
Risas, abrazos, sensaciones sin límites.
Fluyen en nuestro destino sin metas...

CLAUDIA GUALA

MARÍA LEONE

PRÓLOGO

“Para ser escritor no hace falta tener tiempo, sino algo que decir”, afirmó hace pocos días una colega en una entrevista. En este siglo XXI, en que suceden tantas cosas en simultáneo y que compartimos globalmente en tiempo real, disponer de unos minutos libres parece tarea poco probable de concretar. Sin embargo, cuando las ganas son fuertes, siempre se encuentra la oportunidad. Sorteado el primer obstáculo, nos cabe preguntar ¿tengo algo para decir? Si el ser humano tiene el don de la palabra ¿cómo no vamos a tener algo para contar? Alegrías y tristezas, encuentros y encontronazos, sueños y vivencias y muchas otras cosas, nos dan el punto de partida para poemas, relatos, cuentos, prosa poética, microficción. Hasta el más sencillo de los raccontos, nos crea el vínculo para llegar a las personas. Aquí surge otra pregunta ¿alguien está interesado en lo que tenemos para decir? Pues claro que sí. Si no lo creyéramos, no publicaríamos nuestra obra. Un verso, una estrofa, pueden llenar un momento de soledad, ayudar a calmar un dolor, poner claridad a alguna duda, invitar a la reflexión y provocar sonrisas, esas que tan bien le hacen al alma. Todos somos escritores, ya que segundo a segundo ayudamos a escribir nuestra propia historia. Si a la posibilidad, le agregamos una cuota de audacia, con el tiempo que le robamos al no tiempo y el sentir hecho palabras, nuestras criaturas, dejarán de ser nuestras para ir en vuestra búsqueda, estimados lectores. Si este conjunto de letras los encuentran, y logran permanecer en sus pensamientos, al menos por un momento, esa misión que elegí, estará cumplida.

APRENDIZ DE LOBO

El subterráneo no funciona. Maldita huelga. Nadie piensa en los cientos de miles que debemos llegar al trabajo o a donde fuere. Los reclamos son justos y los míos ¿qué? Tengo que cruzar toda la ciudad y después tomar el tren hacia el oeste, llegar a la zona de las quintas de fin de semana. Para cuando lo haga, si lo logro, voy a tener que comenzar a regresar. ¿A nadie le importa arruinarle la vida a los demás? La plata no alcanza. Todos vamos caminando perdidos buscando como viajar, masticando bronca, sudando furia, estamos igual, si no vamos a trabajar, no hay plata y sin ella no hay comida ni gustitos para darse. ¡Maldita huelga! Con la quincena iba a comprarme zapatillas, y ahora ¿con qué voy al boliche a bailar si sigo caminando? ¡Maldita mi suerte! Hoy era el día para comerme al bomboncito de la tanga roja. Ya debe estar sola. La zorra mayor se fue de paseo con su hijo. La nuera, tiene planeado un día con sus amigas. La nena, claro, se aburre como siempre, en el borde de la piscina, tomando sol como si este fuera su único verano. Si no fuese por el paro, estaría cortando el césped, atendiendo las plantas, alcanzándole algún refresco. Viendo como deja de ser niña, hora tras hora, minuto a minuto. Y ella me mira sin disimulo, la sonrisa descarada, esperando algo y sabe que quiero darle todo. Hoy no hay nadie dando vueltas, todos tienen otra cosa para hacer. ¿Se olvidaron de mí o soy tan bueno que la dejan a mi cuidado? Mala suerte la mía, tanto esperar el momento para que aprenda lo que es bueno. Y no, sigo caminando como un nabo y encima haciéndome el bocho, hasta la huelo desnuda, estrenando y entrenando para mí. Después dicen que la guita, que la inseguridad, ¡al carajo! ¿Dónde están los micros gratis para movilizarse? ¡Otra mentira!, y dale, sigue el paro de subtes.

ESPEJO

Buenas noches espejo mío. ¿Qué vemos hoy aquí? Lo de siempre, el fiel reflejo de mi vida. ¿Alguna alegría quizás? Sí, pero pequeñita.

¿Alguna tristeza quizás? Sí, como podría faltarme. ¿Algún contratiempo quizás? Sí, pero por suerte, manejable. ¿Alguna arruga quizás? Puede ser, ya me resultan amigables. ¿Alguna luz al final del camino, quizás? Todavía no la veo, allí ha de estar. ¿Esperanza en que mañana sea, quizás? Sí, siempre presente ella está, porque, como dice una canción: “este mal tiempo no es eterno, pasará ya lo verás” entonces, mi tormenta, también ha de pasar.

INTERROGANTES

¿Cuando fue que abandonaste el dulce “baby” para llamarme simplemente por mi nombre? ¿En qué momento, nuestros besos apasionados se convirtieron en solo besos de cortesía? ¿Por qué ya tus tiempos no son mis tiempos y el tic tac de nuestros relojes comenzaron a danzar a diferentes ritmos? ¿Por qué elegiste el silencio en lugar de contarme tus pensamientos? ¿Por qué ya no preguntas cuando me encuentras con los ojos enrojecidos? ¿Desde cuándo, mi dolor no es tu dolor ni mis desvelos son tus desvelos? ¿Por qué tus proyectos y los míos no van por el mismo camino? ¿Por qué ya no reímos de las mismas cosas ni sufrimos por los mismos motivos? ¿Qué terremoto grande tendremos que sobrevivir para que se acomoden las piezas y juntos, retomemos el sendero para poder así cumplir, con aquello que bajo la mágica luna nos prometimos?

LAS DOS

Si supiéramos oírla, nos contaría de las alegres mañanas en la cocina, tarareando viejas canciones y ayudando a su hija a pelar las verduras para la comida, con las que nos recibirían al mediodía. Si quisiéramos escucharla, nos contaría de las apacibles tardes de invierno en las que hurgaba en sus recuerdos mientras tejía, las bufandas y guantes con que

nos abrigaría. Si nos propusiéramos sentirla, nos contaría de los frescos anocheceres en la vereda, sonriente y conversando con los vecinos en tanto su mirada dulce y profunda, nos protegía. Si intentásemos liberar nuestros oídos, nos contaría como fueron sus últimos suspiros y como, allí sentada, en la húmeda noche de aquel otoño, dejó caer las hojas de su vida.

VECINOS

Las no palabras son ensordecedoras. La atmósfera no se soporta. No puedo creer que dejen de pelear. Me pregunto si el último grito, fue realmente el último. Si se acerca el momento de reflexionar y pedir perdón. Otras veces ha sido así. Espero el susurro amigable. Me acerco a la ventana. Una ilusión vana; están velando el cadáver de su amor. Un minuto de silencio.

NÁUFRAGO

Quiso poner orden a tanto silencio, intentar oír el crepitar de los leños en la chimenea y el canto de las sirenas al navegar. Más silencio. Dejó el caos y arremetió con todas sus fuerzas a ganarle una carrera al tren que veía y no escuchaba. La luna azul como referencia lo llevó a las alturas estrelladas. Bajó y como mariposa decidió posarse en una flor. Buscó sin encontrar algún reloj que le indicara, cual era la hora del amor. Se sintió niño. Había permitido que otra mentira, ayudara a su desconsuelo. Su corazón sabía que en aquel consultorio, la verdad ha sido develada. Esa mano, que parecía muerta tomó lápiz y papel para dictaminar: estarás solo y sin remedio. Así quedó, como un náufrago sin barca, sin orillas y sin mar.

RESACA

Noche de vodka y desencuentros. Todo lo oscuro es de esperar. Ponerse la capa del hombre murciélago, levantar vuelo hacia la luna, que de tan llena lo distrae y cae sobre el techo del expreso de la medianoche. Pide ayuda, pero la muy ingrata, de seguro dejó descolgado el teléfono del prostíbulo. Insiste una vez más. Aparece la mujer gato. Me ayudará y será mi amor, pensó, esperanzado como un niño. Le mostró el reloj diciendo, tengo poco tiempo para salvarte de los cantos de sirenas. Es un zozobro su despertar. De héroe, solo tiene las ilusiones. Llama a las cosas por su nombre, escucha en la lejanía: “regresa a la clínica y ponte a trabajar”. La resaca es horrorosa. La próxima vez que me pierda, se dice, no será de la mano de una botella.

EN ESPERA

Cuando las palabras enmudecen, todo se magnifica. La soledad duele en lo profundo. El pañuelo ya no enjuaga cristales líquidos. Desmaterializo mi pena. Libero de ataduras mis ilusiones. Capturo un momento de esperanza. Enciendo un cigarrillo mientras espero.

FINAL DEL CAMINO

Ha sido una tarde difícil. Mi hijo ha preguntado qué es el olor que invade la casa. Cuesta decir que la vejez acaba con el perfume a jazmines. La ducha complicada, los pañales, la ropa sembrada de comida, crean su propia atmósfera, cuando todo se hace rutina.

Mi respuesta ha sido que llegó el momento de cambiar de hogar, llevarlo al sitio en donde están sus pares, acogidos por quienes se prepararon para atenderlos.

Mi consuelo: apenas camina y poco entiende. Debo pensar en mí, no poner en riesgo mi salud. Ahora, cada vez que paso a pagar la mensualidad, me invitan a visitarlo. La próxima vez, respondo.

Hoy estoy ocupada alistando valijas, no quiero descuidar detalles, el viaje soñado está llegando, que otro se ocupe de los pagos esta vez. –Señor, aquí esta su recibo, ¿cómo encontró al abuelo? –increíble, estaba paseando por el jardín, conversando y riendo, ¿qué medicina hizo este milagro? –no hay remedios nuevos y mucho menos, milagros. Solo recibe amor, todos los días en alta dosis.

DILEMA

No escucho mi destierro, ¿Aún no he partido? ¿Qué me ata a su destino? Es amor, es pasión, amistad, costumbre. ¿Por qué las voces del corazón son acalladas por los gritos de la razón? Si quiero esperar, ¿por qué me piden que parta? Deseo oír a mis silencios resolviendo esta encrucijada ¿eso es todo? Es todo, es nada, es la vida que se escapa.

REALIDAD

Aquí no rindo cuentas. En mi lugar secreto tengo derecho a disfrazar mi memoria con su mejor traje. Convierto mis lágrimas en un collar de cristales. Las penas son mariposas coloreando el aire que respiro. Las sonrisas ya son risas y más tarde carcajadas. A la esperanza no le alcanza el verde y se roba completo el arco iris. La realidad golpea a la puerta, le pido un minuto más. Condescendiente, como nunca antes, me lo concede.

Pícaro ella, sabe que cuanto más feliz me encuentre, más podrá lastimarme.

Tonta ella, no sabe, que estos momentos mágicos, jamás podrá robarme.

TIEMPO SABIO

Tanto analizar qué nos ocurre, en medio del hastío y del fracaso, está logrando convertir mis sentimientos en un ovillo enmarañado, sin principio ni final. Hasta mi sombra me quita el aliento. Tanto querer ser coherente, previsible, pasa el tiempo y sigo sin resolver nada. Echaré mano a una cuota de locura, preparé el equipaje y me iré a buscar otros caminos. El tiempo, que tanto puede, resolverá.

TODOS NO

Si me buscas, es mejor que no me encuentres. De lo que fui, ni la sombra queda. El tiempo fue generoso con el cuerpo pero mezquino con el alma. El no amor, la no sonrisa, la no esperanza, ya parecen la no vida. No me encuentres. No me quites la posibilidad de seguir siendo esa persona soñada.

DIBUJOS

Andas diciendo por allí que soy la luz de tus ojos, el motivo de tu permanencia, la esperanza de tu devenir. ¡Qué embustero resultaste!

Tus ausencias, silencios, desamor ¿me convierten acaso en la razón de tu existir? Calla, madura, admite por fin, que en la perspectiva de tu vida, solo soy un punto de fuga.

VIAJE

No lo pedí. Nadie me consultó. Me convirtieron en pasajero forzoso, en ese viaje sin sentido ni final. Callar fue mi respuesta primera. Observar todo, hasta el último detalle, mi secreta decisión.

Vi paisajes agrestes como desierto lunar. Llegaron las altísimas montañas nevadas y de inmediato un valle encantado, o al menos eso quise creer.

Por fin avisté el mar y allí quise bajar. No pude. No me lo permitieron. Sentí que el infierno era la próxima parada. Horas sin ver un ser viviente, nada bueno podía augurar. Pasajero forzoso y nadie a quien reclamar.

MÁSCARAS

Abre sus ojos a las tres de la madrugada. Su cuerpo un tembladeral. Ningún dolor fuerte, mucha angustia en lo profundo. No era la primera vez que sucedía, de seguro no sería la última.

Ella espera que su compañero despierte, la abrace, la conforte. Sabe que no será así. Duerme y por como se mueve más que sueño es pesadilla. Cómo lo va a molestar, si parece que se encuentra en la puerta de su propio infierno. Pasan las horas, no pasan los pesares.

Practica todos los ejercicios de relajación que conoce, ningún alivio. Se empeña en continuar quieta y silenciosa. No aprendió que hay ocasiones en que el orgullo no sirve. Pedir ayuda, a los gritos si es necesario, es el único camino. La coraza en que se encierra no se lo permite. Siempre compartió alegrías y se guardo para sí todo lo malo.

Sabe que se avecinan tiempos difíciles. La batalla será dura pero confía. El amanecer se filtra en la habitación. Ya es hora de comenzar la rutina. Prepara el café y el pan tostado. En la alacena toma la máscara

de la felicidad y se la calza, con cuidado. ¡Buen día amor! Es hora de levantarse. ¿Dormiste bien? Yo también, gracias.

El pronóstico augura un espléndido día.

NADA ES COMO DEBIERA

¿Qué estoy haciendo, sentada en el piso, llorando? ¿Cómo llegué hasta aquí? Hace apenas unos minutos estaba apoltronada leyendo un libro. Sonó el portero eléctrico, una entrega de comida equivocada pensé. Cuando atendí, una voz que pareció de un chico, me dijo algo que no entendí. Insistí y seguí sin comprender. Colgué el auricular y en un segundo volvió a repicar. Al ¿quién es? esta vez con claridad contestaron: ¿tiene algo para dar?, sólo llegué a decir “no en este momento” y de inmediato una cadena de insultos llegaron a mis oídos. Colgué otra vez. De seguro sin darme cuenta me deslicé por la pared, hasta llegar al piso

Pienso. Me pregunto. Contesto. ¿La agresión es porque dije no? ¿En qué dimensión habita este joven, para suponer que por la noche, con la situación de inseguridad reinante, alguien va a salir a la calle a dar algo a un desconocido? Si tiene el derecho de pedir, ¿mi obligación es dar? ¿y si no tengo nada que compartir? ¿Cabe la explicación de que he tomado por costumbre mandar a las parroquias de barrios carenciados, las cosas que pueden serles útiles a otros y que en casa están fuera de uso? No la escucharía. ¿Sería comida lo que pretendía? El miedo a bajar a esa hora podría más que la compasión.

¿Soy un ser deleznable por ello, merezco tanta ofensa? ¿Sería una palabra de afecto lo que esperaba? ¿Cómo podría dársela? No creo que él pudiese entender, que quizás aun teniendo abrigo y alimentos, también espero por afecto, compañía, consuelo, paz. Pero, esas son mis miserias, qué le van a importar si tiene hambre y frío. Su voz se introdujo sin permiso en mi casa. Me agravió sin conocerme.

Me sacó de mi momento de descanso, de lectura. ¿Me molesta su actitud, o quizás la mía? Sigo sentada en el piso, llorando

REVANCHA

Semanas planeando el reencuentro. Las ausencias no queridas, abrieron un espacio de tiempo más largo de lo debido, tanto más de lo deseado. La memoria y el olvido, jugaban su propia partida. Para llegar a la cita no eligió el mejor vestido sino la más fuerte envoltura. Era necesario para comenzar a escribir tantas páginas en blanco que quedaron en el camino.

El abrazo fue afectuoso, casi diría, medido. La memoria anotó su primer punto y por cada minuto transcurrido, uno más. Por momentos, las palabras atropellaban. En otros el silencio marcaba su poder.

Los inexistentes reproches permitían a las sonrisas manifestarse sin ataduras. La nostalgia no los privó de su presencia y las risas no cedieron ningún espacio.

Al final de la tarde, junto con el “hasta pronto”, ella pudo completar esa primera hoja anotando: estúpido olvido, como pensaste ganar, cuando es la misma sangre que le da vida a estas almas. Llegaste triunfante, te retiras vencido.

Y así seguirás, va en ello mi destino.

MARÍA LEONE

EDITH MIGLIARO

PRÓLOGO

Si pudiera robar unas palabras y expresar con sencillez los sentimientos, dejar en cada frase una ilusión a quien la lee, sonreiría feliz de haber logrado lo que me enseñan cada tarde.

Con poca humildad y mucha desvergüenza reincido en otro intento de ganarme el derecho de escribir.

Gracias a todos mis amores, pero esta vez me voy a permitir una licencia y dedicarle este libro a *Campanita*.

LA MALIGNA

La casa estaba revuelta, el cuerpo de la mujer colgaba de la viga del techo del dormitorio. Todo lo que estaba en los muebles se hallaba en el suelo en un caótico paisaje de ira y odio. A primera vista parecía que hubiese más objetos de los que se podrían reunir en un hogar. El inspector reparó en dos pilas de papeles, más exactamente de fotos todas rotas, en una pila estaban las cabezas de los retratados y en la otra el resto de las fotografías. Al caos general se le agregó el provocado por algunos agentes novatos que como se dice en la jerga policial habían contaminado la escena del crimen. Quedaba por determinar si esa negligencia no fue adrede.

Se interrogó a los supuestos testigos, en primer lugar la mucama quien había notificado del hecho:

—Yo llegué como todos los días e ingresé con mi llave por la puerta de servicio, cuando vi que todo estaba tirado me asusté y llamé al guardia de seguridad y juntos recorrimos la casa y encontramos a la señora, era tan buena la señora, era tan buen... —en ese momento no pudo continuar con el relato quebrada.

El guardia de seguridad confirmó lo dicho por la chica y agregó que antes de entrar, avisó a la central.

Se pudo constatar que los dichos de ambos se correspondían con lo ocurrido, su historia era lógica y creíble, y por el momento se los descartó como sospechosos.

A continuación se interrogó al marido, que pareció muy afectado:

—Esta mañana cuando me fui a la oficina, 7.30hs, mi esposa estaba duchándose. La saludé desde la puerta del dormitorio, los chicos me esperaban abajo para llevarlos al colegio como todos los días, yo la quiero, a pesar de todo.

—¿Que quiere decir con eso?

—Últimamente tenías algunas diferencias, estaba un poco rara, decía que tenía miedo, que no la dejara sola —pero no pudo continuar.

Se corroboraron los horarios, y se supo por compañeros de trabajo que era una familia como todas, sin grandes inconvenientes, al menos que se conocieran, el hombre era honesto y trabajador, reservado.

No tenían problemas económicos desde la adopción de los sobrinos, dueños de un fideicomiso importante. Los chicos dos varones y una mujer, tras una serie de desgracias familiares que luego sabremos, vivían desde hacía seis años con ellos.

Los adolescentes fueron indagados por separado.

El mayor, un joven de dieciséis años llamado Ariel estaba muy nervioso, se pudo confirmar que tenía trastornos de conducta y le costaba relacionarse con sus compañeros. El segundo, Humberto, taciturno y debilucho, no paraba de llorar, por último la mujer, de unos catorce años de nombre Morticia, estaba indiferente, se limitó a contestar, sin ninguna emoción.

Nada de lo respondido por los chicos ayudó a la investigación.

El inspector estaba desorientado, su escritorio colmado de informes y ni una sola idea de quién pudo ser en asesino cuando entró una oficial y le entregó la biografía de los sobrinos:

En el año 2005 la familia estaba en su yate de vacaciones por el mar del Caribe cuando la menor de las hijas cayó y su madre por salvarla se arrojó al agua, murieron las dos. Los tres estuvieron con el padre hasta que, tras una terrible depresión, se suicidó y quedaron a cargo de los abuelos maternos, al poco tiempo la abuela enloqueció, veía cosas sufría ataque de pánico no quería ver a sus nietos y el juez de menores les retiró la tenencia y se la dio a la hermana de la madre y su esposo.

Sintió un escalofrío, y dijo:

–Será muy difícil de probar.

QUÉ DIFÍCIL LA VERDAD

Fue un abrazo interminable. Hacía más de diez años que no se veían y se encontraron sin planearlo, movilizados por la nostalgia habían coincidido en el mismo bar, cita obligada de sus años de la no tan lejana juventud. Ese mismo escenario que les permitió soñar amores, hoy los hallaba exitosos en sus trabajos aunque vacíos de afecto. Uno triunfó como economista en el extranjero, el otro un ejecutivo de una multinacional. Vagaron por el barrio en busca quien sabe de qué. Para ellos nada había cambiado, confundidos por los recuerdos no notaron que las viejas sillas y mesas de madera ya pasadas de moda de entonces ahora eran sillones confortables, réplicas de cuadros famosos reemplazaban los retratos de glorias futbolísticas y en cada mesa un candil apenas alumbraba.

—Te reconocí a pesar de lo cambiado que estás, es increíble.

—Nunca olvidé esa época maravillosa.

—Contame, sé que viajaste mucho.

—Me enteré por amigos en común que a vos te ha ido muy bien.

—No me puedo quejar.

—¿Te casaste?

—No ¿y vos?

—Tampoco —y tras un silencio algo incomodo. —No sé cómo decirlo, hace un tiempo descubrí que prefería otra vida, no creo que entiendas.

—Yo en cambio me sinceré conmigo mismo hace mucho tiempo, quizás por eso volví.—El resto de la charla fue fluyendo. Hablaron y hablaron, descubrieron que lo más los preocupó fue defraudar las expectativas familiares, los benditos mandatos naturales. Los dos habían tratado de poner distancia de su entorno pensando equivocadamente que el tiempo y la distancia obrarían de milagro, y por arte de magia no necesitarían acumular coraje. Los personajes de las otras mesas fueron cambiando, se renovaban como en una película muda. El mundo a su alrededor perdió toda realidad, recordaron, rieron, se emocionaron, trataron de justificar quienes fueron animándose a reconocer quienes son.

Anocheceía y el último café los encontró tomados de la mano.

EL ACTOR

El terrible silencio la dejó perpleja, esperó tantas horas para que le hablara de amor. Llegó temprano a la cita, perfumó sus cabellos, embelleció su mirada. Sabía que era la hora de revelar los secretos, sus latidos eran tan fuertes que se oían más allá de la música. Llegó soberbio, mirada profunda, sonrisa perfecta, despertó suspiros. Ingrato, insensible, a todas perturbación.

Se levantó indignada y dejó su butaca.-Aunque mucho me duela, no volveré a tu lado– dijo. Él, desde la enorme pantalla siguió cautivando a la audiencia.

COMUNICADOS?

La pregunta es: ¿Se han puesto a pensar todas las variantes de comunicación que existen? En este siglo se perfeccionaron de una manera increíble. Si recordamos que tan solo unas décadas atrás debíamos esperar semanas una carta vía aérea, y un poco más atrás en el tiempo tardaban meses a bordo de un barco, o solicitar una comunicación telefónica de larga distancia y obtener como respuesta que existía una demora de por lo menos dos horas, en la actualidad marcamos doble cero y el número al que queremos llamar y en segundos estamos charlando con alguien en Singapur y ni pensar en la antigüedad cuando los mensajes viajaban cifrados en la pata de una paloma. Pero todo ha cambiado y podemos conversar con un amigo que vive en Europa, Australia o África a través de la computadora y también vernos por una cámara. Qué avance maravilloso: Twyter, Facebook, Messenger, telefonía celular, WI-Fi, Blackberry, a-mail, etc. Hay tantas variedades de sistemas para comu-

nicarse y tecnología que, para ser sincera gracias a Dios, desconozco y deseo seguir desconociendo.

Se puede “comentar” lo que nos pareció un programa de televisión, una obra de teatro, un concierto de música, el artículo de un periódico, una película hasta la foto de un amigo que vive en Marruecos, sólo debemos clicar y a continuación escribir nuestro comentario, eso sí, según el sistema que hemos elegido, el comentario deberá tener 30 ó 96 ó 140 C A R A C T E R E S, esto es muy fácil solo hay que pensar lo que quisiéramos expresar sincera e inteligentemente sacarle las notas demasiado sentimentales, desestimar los comentarios de color y/o humor, deshumanizar e impersonalizar las opiniones para evitar cualquier tipo de interpretación no deseada, sintetizar a su mínima expresión nuestro pensamiento y listo el comentario que quedará más o menos así; ¡Ok, comparto! u ¡Ok, no comparto!

Con tanta libertad de expresión olvidamos que tenemos un amigo que vive a cinco cuadras al que sería mucho más agradable visitarlo, pero no, le enviamos un “me gustó” por Facebook, o con un gran esfuerzo un mensaje de texto por el celular.

El avance de las comunicaciones, creo yo, se ha perfeccionado para mejorar nuestras vidas, pero me pregunto ¿la mejoramos o nos hemos encerrado en una habitación sin hablar personalmente con nadie?

El redactar una carta, el llamado telefónico se ha casi perdido por completo y con ello el placer de escribir correctamente y porque no poéticamente, cuando hablamos con alguien no solo escuchamos los que nos está contando, también podemos oír su tono de voz, ver su expresión, leer en sus ojos sus sentimientos y hasta entender lo que no nos dice. En una carta leemos no que está escrito y lo que no está, es lo que se dice leer entre líneas.

Tengo miedo que este siglo de increíble comunicaciones nos esté incomunicando, peor aún ¿será que los seres humano no queremos decir nada importante o no tenemos nada importante para decir?

Justamente ahora que podemos ver las maravillas del mundo por internet, esos lugares de los que hemos leído en tantos libros, lugares donde ha transcurrido la historia, admirar la naturales hasta los confines

del universo, que ya no dependemos del dinero que otrora hubiésemos necesitado, no tenemos nada para decir. ¿Se nos ha congelado el habla, el entendimiento o la imaginación? Démonos cuenta que comunicarse es por definición “el intercambio de sentimientos, opiniones, o cualquier otro tipo de información mediante habla, escritura u otro tipo de señales” y que sirve para que el hombre conozca a los demás y a sí mismo. Para ello propongo: Apaguemos la computadora, los teléfonos celulares, desenchufemos los televisores, las radios y salgamos a la puerta de nuestras casas.

Caminemos, miremos el cielo, escuchemos el canto de los pájaros, hablemos con el primer ser humano que se nos cruce y recuperemos el verdadero sentido de la milenaria necesidad del hombre: comunicarse.

PALABRAS

Busqué tantas palabras, mil maneras de decirlo, y bastó solo un silencio para que entendieras lo que siento. En la noche más oscura y en la estrella más lejana te escondí para cuidarte. Si pudiese, por una única vez, escuchar tu voz, y aprender esas palabras que dijiste y que hoy he olvidado, quizás podría seguir adelante.

ALMAS ARGENTINAS

Ojos que son noche, que son cielo, que son tierra. Piel de trigo, de cobre, de luz. Cuerpos fuertes, cuerpos débiles. Alegres y nostálgicos, melancólicos y serios. Engendrados por el viejo continente, y por las raíces más profundas de los incas y los pampas. Apasionados y queribles, orgullosos y soberbios. Del calor de la puna al frío patagónico, de las vides y montañas majestuosas a las aguas cálidas y dulces. Son las almas argentinas que inundaron estas tierras.

INMIGRANTE

De tanto mirar al este, tus ojos eran mar. Alto, fuerte, poderoso, quizás engrandecido en el recuerdo. Anarquista y testarudo de las tierras andaluzas. Entregaste a estas pampas trabajo, esfuerzo y muchos hijos. Ya de grande retornaste a ver terruños castellanos. Pero tu vida estaba más allá de la añoranza y regresaste a descansar en esta tierra.

DE REGRESO

Estaba frente al camino, de cara al pasado, todo parecía igual que al partir, las mismas casa, el mismo paisaje, el mismo destino. No pudo encontrar lo que buscaba o no supo, quizás tampoco había sabido reconocerlo en su lugar. Ahora estaba de regreso, algo aprendió en la distancia, conocía sus limitaciones entre lo posible y lo imposible, podía disfrutar aceptándose.

ENTRAÑAS

Todo era perfecto, hermoso y en orden, debajo las miserias se amontonaban, ese otro mundo subterráneo. Algo que mostrar, mucho que ocultar. En las puertitas del pasadose escondía la niñez, hecha de llantos y dolor, de miedo, de castigos y oculta, enredada en las raíces, hizo torcer un poco el árbol de su vida. No obstante, pudo mantenerse en posición.

POESÍA**TANTOS SUEÑOS**

Sueño el sueño que tuvieron los que soñaron con futuro.
También sueño otros sueños los que soñaron con pasado.
¿Y si no sueño y pienso? ¿Y si sueño y hago?

PUERTAS QUE NO ABREN

Sigue la calle
camina buscando una puerta.
Todas cerradas.
Una cinta sinuosa el asfalto
otra cinta más clara, el cielo
sostenido por las copas.
Encerrada en la jaula
por fuera
golpea las puertas
algunas no todas.
Ninguna se abre.
Dentro los ojos
vigilan, sospechan.
No quieren que entren
no quieren salir.
Encerrados, a salvo
temen igual,
él afuera en adentro.
El libre es rehén.
Cuidando perdemos.
Perdimos, no hallamos.
Una puerta entreabierta
mejor no pasar.

¿QUIÉN ES?

En las orillas es inquieto, atrevido, indeciso,
calmo o tormentoso.

En el horizonte, profundo y misterioso.
... es el mar. No, es el amor.

SE NECESITA

Si se necesita una mentira
que no empañe la verdad,
que permita una sonrisa
cuando el alma se nos muere
sin fuerzas para llorar.

Una mentira blanca,
una mentira buena,
que nos de un respiro
para retomar el paso.

Si se necesita una mentira
para sentir el sol en la tormenta
el perdón en el rencor,
entonces, yo la digo.

EDITH MIGLIARO

PATRICIA MOLTEDO

PRÓLOGO

De los jardines de la mente, uno arranca flores y yuyos, trata de formar el ramo más hermoso, dándolo humildemente, a la humanidad.

Desvalido hijo en ofrenda. ¡Elegid! Pero no es gratis, ni lo sospechan, o en el mejor de los casos, levemente.

Este camino, que elegirán los llevará a sitios inusitados, recovecos que no querréis saber o tal vez, sí.

Porque como en un hechizo, haré que quede mi simiente en vuestra mente.

¿Os arriesgaréis? ¡Oh!

SE ASOMA FEDERICO

Federico se asoma a una realidad verde traspasando el azulejo.

Del otro lado una profundidad esmeralda lo espera.

Caterina de cinco años, su hermana lo llama: –¡Fede! ¡Fede!

De a poco ella misma pega el salto, siente que las profundidades, confusión de ladrillo y negro olvido, se continúan hasta un punto lejano de luz. Fede ve lo mismo, mientras tanto la voz de Caterina, ¡Fede-deeeeeee! ¡Feeeeeeeeedeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeee!

Caen ambos en una suavidad de goma eva rugosa, toallosa. Comienzan a caminar por una cinta verde-seda que brilla. Los costados son oscuros, desconocidos, donde, los Ogros y los monstruos existen. Ven que una sombra, se va acercando, y se hace figura y la figura, un muchacho, vestido como el bisabuelo, cuando era chico en lo que la abuela llamó los años locos-Soy Ladislao, tengo tu misma edad Fede, y me perdí mirando el mueble de mi abuela.

–¿Mirando el mueble?

–Sí, el mueble traído y mantenido de otra época, con formas raras, puertitas y profundidades que me llamaron la atención. Me fui metiendo en el lugar lleno de botellas y potes, curiosos, de vidrio y madera. Guardaban el tiempo.

–¿A dónde vas?

–No sé, tomé por aquí.

–Entonces, ¿qué hacemos? ¿Dónde empieza?

–¿O donde termina?

–No sé.

–No sabemos nada.

–Hemos vivido poco.

–Hemos visto poco.

–Ladislao ¿Cómo era el lugar donde caíste? ¿Empezaba la cinta?

–Era igual que acá.

–Entonces sigamos tu camino, lo mismo da.

–¡No! Yo quiero seguir por dónde veníamos –insiste Caterina.

–Soy tu hermano mayor vamos para allá.

–¿Y con eso? ¿Tenés razón? Gracias a que te seguí, caí acá, en no sé dónde.

–¿Alguien me llamó? –Se escucha una voz, desde el fondo de la cinta, y aparece una cabecita peluda y tierna de grandes ojos melancólicos.

–No, que yo sepa.

–Siiiiiiiiii, dice la misma voz, dijiste, No sé donde, y yo me llamo No sé dónde.

–Entonces, hola, No sé dónde.

–Hola, los voy a llevar a donde yo sé.

Y desde las profundidades, se escucha, ¡¡¡Acá estoy, acá estoy!!!

–¿Quién te llamó a vos?

–¿Quién es? Pregunta Cata.

–Y ¿quién va a ser? Dónde yo sé.

–Sí, ahí nos vas a llevar, pero ¿Quién es él?

–Lo dije: Dónde yo sé.

–Sí, ¿pero cómo se llama?

–Donde yo sé.

–¿Dónde yo sé?

–Vos no sabés nada, hermana.

–¡Córtenla! –exclama Ladislao– llévanos.

–¡Vamos!

–¡Vamos!

–¡Vamos!

–¡Vamos!

–¡Vamos!

Y siguieron camino en la cinta, se abrieron cortes, hilados y rulotes.

De pronto, No sé donde se detiene, ¡Vamos! Grita Donde yo sé. Espera, espera, desde un punto luminoso aparece, un niño lleno de colores brillantes muy pequeño, más que ellos.

–Hola nene, toy Doel.

–¿Quién?

–¿No entendiste, hermano? Joel. Es muy chiquito.

–¿Cómo llegaste?

–No té, pubaba y tolores, ¡pumba! ¡Toy aquí!

–¿Con el nene que hacemos?

–¡Jugar!

–¡Cata!

–Y bueno.

–Mana Kika, ¡mana Kika!

–¿Qué es una cargada?

–No, el nombre de la hermana, Kika.

–Y bueno, sigamos, ¡Ah! ¿Cómo se llama?

–¿Él? Yoel, te lo dije.

–bueno, Yoel, Cata, No sé donde, Donde yo sé, Ladislao y yo, por supuesto, sigamos.

Y siguieron, siguieron, y siguieron... Hasta que Cata dijo, estuvimos aquí hace un rato, es el mismo ruloté que dijiste que no era, hermano. Además, a Donde yo sé no lo veo.

–¿Qué hacemos, Ladi?

–No sé, yo soy muy joven para saberlo.

–Y a mí los rulotés no me interesan.

–Nunca un juego de pelota.

–¡Buuaaaaa!

–Están haciendo llorar a Yoel.

–A ver imaginen, imaginemos lo que queremos en este momento.

–Yo quiero a mi mamá,

–Y yo.

–Y yo.

–Y yo.

–Y yo.

–¡Bueno!, replica Fede, ¿Qué han imaginado? ¿Qué desean? Además...

Ladis –¡Aventura!

Yoel –¡Mi mami!

Fede –Ver más allá.

Cata-Yo voy con vos.

Donde yo sé había desaparecido y No sé donde también.

La cinta iba y venía, daba vueltas, chocaba contra paredes de felpa opacas o coloridas, apagadas o flúo.

Era un mundo muy materialista, nada de plantas o animales. Ni conocidos ni de los otros.

De pronto, allá donde doblaba la cinta ¡Un castillo!, como los del jardín, como los que hacía la señorita, de paredes azules y banderines de colores en la punta de las torres, con almenas y todo. ¿Qué son almenas?, pregunta Cata. ¡Bah! No vale la pena contestarle. Un gran portón de entrada, con rejas de cartón, negras y gruesas. ¡Corrieron! ¡Por fin algo distinto!

Traspasan los cartones y ante ellos aparece una mujer pelirroja, que se llama reina roja, perdón, Reina Roja, con mayúsculas, así lo dice, de grandes ojos verdes y suntuoso vestido negro, aros inmensos y con piedras verdes. Los zapatos no sabemos por que el vestido se lo tapa.

–Hola, chicos. Soy la Reina Roja, ¿Dónde van?

–A casa.

–¿Y qué hacen por la calle?

–No sabemos.

–¿Cómo que no saben?

–Aparecimos aquí y listo.

—Algo sucedió, algo hicieron, por algo vinieron a aparecer aquí.

—yo jugaba en el mueble de mi abu —yo ya no sé por qué. —Do pubaba a tolores.

—Chico, no se te entiende.

—¡Buaaaah! ¡Do pubabaaaaaaa! —Nosotros pegamos un salto mirando desde el baño.

—¡Me aburren!

Antes de que la reina tome su varita y haga su influjo, corren todos, por las cintas.

Descansan en una plaza de papel metalizado, picado, liso o trenzado, formando subibajas, hamacas, palmeras y toboganes.

Súbitamente Yoel, comienza a saltar en el extremo de una de las cintas cual si fuera un trapecio. Salta una vez, y emboca, otra vez en la cinta y otra vez y otra y otra... hasta que el vacío se lo lleva. Es difícil saber que a Yoel los colores se lo llevaron y se perdió en la inmensidad de los precipicios de la ingenuidad extrema.

Un hoyo gigante en el cielo negro de esa grandiosidad mezcla de grises y blancos arrepentidos, les dice:

—¿Dónde van? ¿Por qué lo hacen?

Los sigue a donde se muevan. Cata comienza a llorar fatigada, ¡Quiero ir con mamá!

Fede se siente responsable o algo así, como hermano mayor que es. Toma por cintas amarillas, cintas azules, y también por las color rosa. Allí en medio de malvones coloridos, aparece la Reina Verde, —¡Hola! ¿Dónde van?, dice con voz dulce.

—Donde podamos. Responde desconsolado Fede. Seguido por Ladislao. Cata está a su lado mustia.

—¡Oh! Pequeñitos, descansen al costado del camino, con un poco de polvo de rosas y purpurina. Hacen milagros.

Fede sentado y Cata apoyada en el costado de él. Luce agotada, duerme como un ángel. Fede cierra los ojos, recordando a su madre tan parecida a las dos hadas.

Yoel se apoya en Cata, se queda dormido, una luz parecida a la linterna con dibujos en la pared los despierta. Corren por las cintas, corren a una velocidad que nunca imaginaron, como si volaran, y de pronto... la cinta se vuelve negra y entran en el reino oscuro, un palacete descomunal de lujo, como en el cuento de Cenicienta al final cuando ella va a vivir al palacio, pero todo es muy solemne y de color oro o de color bordó. Se aparece un Zapato que dice ser:

–¡Soy el Mayordomo!

Pues que resultó un Mayordomo zapato, piensa Fede

Una hilera de lo que suponen zoquetes, servidores y lacayos se forman unos frente a otros y al fondo se aparece algo negro y largo o alto, anunciada:

–La Reina Media.

–¿La Media qué? –pregunta Cata.

Todos la miran y su hermano responde:

–¡Reina! Y ¡callate!

Frente a ellos, no es más que una enorme media, igual a las de papá.

Sin embargo, les dice: –Deben temerme, por que soy ¡Letal!

–No digas nada, Cata ¡corré!

Y corren los chicos por la gigante cinta negra, cayendo finalmente, al vacío, sobre una superficie mullida. El polvo mágico los envuelve, pegan un salto, y... Fede, despierta sentado en el inodoro. ¡Se hubo quedado dormido en el sanitario! Mira por la ventana y ve a Caterina jugando en el jardín con su muñeca preferida.

¿Dónde está Ladis? Quedó allá, él no podía venir, se había perdido en el tiempo. ¿Y Yoel? ¿Quién lo puede saber?

NOVEDADES DE NIKA, DESDE EL MÁSCALLA

Nika, cansada de que sus perros se mueran por más que los cuidara para que vivieran mucho. Decidió comprar un canidopor aconsejado por toda la sociedad, tenía el aspecto de la raza que eligiera.

Ella quería uno de gran porte que la cuidara y vigilara sus propiedades, que fuera cariñoso, entendido desde la mirada, y que en caso, de no poder cuidarlo, se desconectara y quedara en tan buen estado como ella pudiera haberlo tenido.

Así lo hizo, le puso un nombre, Cándido, y allí fueron recorriendo universos.

SOSPECHA

Hacía rato que lo venía sospechando, cada vez que daba un paso, la niña lo daba a su vez, entonces, dirigía ella su mirada, e instantáneamente desaparecía. Así fue a través de todas sus idas y venidas por el parque. Pequeña y apenas trigueña, con el cabello rizado y largo hasta la cintura. No estaba segura, había podido verla unos segundos, apenas y menos, quizá una sombra, tal vez, sólo una idea ¿qué idea? Era al atardecer cuando las cosas toman ese color sepia.

No había rumores en el hospital psiquiátrico. Nada, nunca, le habían comentado, las estatuas eran mudas, las ventanas con sus marcos olvidados y oxidados, poco podían decir. Los techos guardaban en lo alto, invisibles fantasmas. Sólo la iglesia con ese silencio iluminado, mostraba las coloridas auras, de salud y enfermedad. El azul, el violeta, el rojo, el verde y el que nadie deseaba ver, el negro. Los santos desde sus reliquias, nada decían. La clara y luminosa instancia, solo llevaba fresco a las sienas y un silencio premonitorio, todo lo impregnaba felizmente. Allí, nunca la vi.

Alguna vez, la perrita, aquella mitad pura y pequeña, se le había mostrado en el pasillo de la casa, volviendo a repetir sus modos,

y también al buscarla con la mirada, nada. El otro día, lo supo, pasó rápidamente, mirando de reojo la habitación contigua y la vio, con su cabello oscuro y su piel como entonces, estaba ocupada, de perfil, no la miraba, tranquila prosiguió con su actividad, cuando ella se volvió para asegurarse de quién era, nada había. Lo adjudicó un mechón propio y a una ilusión. Pero lo supo.

TODOS COMPLACIDOS

Él no lo sabía, aunque creía que sí. Su historia era como tantas, por desgracia. Aunque él creía que era por suerte, que había empezado a solucionar sus problemas. Que por fin, hallaría o había hallado la paz.

Ella, bueno, a ella, nada le interesaba demasiado, debía seguir su camino y sus hijos irían con ella. Al cielo o al infierno. Ya también tendrían tiempo de volar. Evaristo dormía a su lado, habían discutido como invariablemente lo hacían, había tomado. Ella había compartido una copa. Solo lo hacía para complacerlo, ¡bah! Para evitar una reyerta mayor. Total se iría con el camión, y tendría tiempo para pasar el tiempo con el otro. Todavía no se había embarazado. Haría feliz a dos hombres y posiblemente, ni ella sabría la paternidad. La doctora le había dicho que se cuidara por lo menos con el preservativo, pero era mucho lío, mejor y más lindo entrar en acción y listo. Los chicos se crían solos y servían para asegurar la entrada de un hombre. Ese pensamiento, la hizo reír. A la vez que recordó como su hija se sentaba en la falda del otro, como jugaban y reían, ya tenía trece años, tendría que empezar a cuidarse de la niña, le estaba saliendo la competencia, y contra la juventud, no se puede. Eso le quitó la sonrisa. Al otro lo podría envolver, la medicación lo mantenía tranquilo. No le pasaría como a su madre que murió por los golpes de su padre. Los gritos del pequeño Bautista, la hacen correr hacia su cama. Pone el seno en su boca y ambos quedan complacidos.

POESÍA**OTRA VEZ, LA CALLE**

La calle etérea, la sorprendió. La nube loca, la rehuyó.
El cielo, maravilloso y ajeno, la recibió.
Con el canto eterno, se fue a pasear, por un pertinaz Edén
rebotando en el empedrado, brillante y manchado
por el descuido mental de los transeúntes.

EL FIRULETE VIENE, VIENE (MILONGA)

La esquina en un firulete
ojos redondos como chirolas
una vereda mal parida
en zanjones de olores
cercan al sol
entretrejido en ramas
donde el amor desdibuja
un corte haciendo ochos
en un frente a frente,
un charco se resbala
en el rostro olvidado
de la chiruza tomada,
llantos de chiquilines,
y una pelota viene,
viene, viene, viene...

PATRICIA MOLTEDO

OLGA TASCA

PRÓLOGO

Qué ocurre en el transcurso de nuestra vida es un poco complejo.

La vida tiene distintos caminos.

Debo dar gracias a DIOS, por haberme dado unos padres maravillosos, que dejaron huellas de su amor en mi corazón, valores de humildad, generosidad y la alegría de vivir.

A mi amor, mi esposo, que hemos podido formar una hermosa familia, nuestra alegría. Le agradezco, su cariño.

La palabra escrita, tiene cuerpo, fuerza. Perdura en el tiempo, influye en decisiones. Cuando ensayamos un personaje, dándole presencia a través de un cuento, poesía, o relato, cuando trazamos el hilo de una historia apenas comprendo esa felicidad que se abre en mi ser y me hace vibrar.

Tengo la felicidad de aprender y compartir el misterio de la escritura con la profesora Marta Mutti, en Avatares, a quien agradezco su dedicación y sabiduría.

Comprender, que se puede transmitir nuestros sentimientos al escribir, es un camino...

Arduo y un mundo maravilloso.

TIEMPO Y DISTANCIA

Mirta se detiene. Desea escuchar música. Se coloca los auriculares y reanuda la marcha. Había terminado la parte llana de su recorrido por las sierras de los alrededores de La Cumbre, a partir de ese punto el terreno era mucho más empinado. Se esforzaría un poco, pero no demasiado pues aún tenía reservas de su preparación física como experta nadadora luego de las exitosas travesías que había realizado. A pesar de que hacía ya tres años de todo ello y ahora dedicada a su carrera de Abogada. Libre de toda preocupación disfruta de ese momento tan anhelado, que no podía cumplir desde hacía tiempo. De pronto lo brutal, algo que no olvidará en toda su vida pese a su resistencia feroz la ultrajan. Luego, días, fechas, denuncias. Ella que siempre daba las mejores respuestas, ¿Cómo hacer para recomponer la vida?

La mañana es de pleno sol. Espera inquieta el tren con apenas un bolso con prendas indispensables y sus documentos.

Llega el tren. Un silbido anuncia la partida y a ella algo que intenta dejar atrás. Sentada al lado de la ventanilla deja volar sus pensamientos y motivos.

Pasan velozmente árboles, casas, distintas estaciones. Momentos tristes. Y ella anula, anula, solo piensa en el nuevo trabajo. Un estudio de investigaciones privadas en la Patagonia.

El trabajo es sencillo. Hace pesquisas al comienzo sencillas, seguimientos de personas por adulterios, robos en casas privadas, negocios, alguna toma de rehenes, que resuelve con detenciones en varios casos.

Hasta que recibe la orden. Violadores, suponían estaban por la zona.

Muchas mujeres se acercaron a ella, colaboraron con datos, señalaron sujetos, describieron horrores y junto a la policía detiene a varias personas. Es así que se hace una ronda de reconocimiento. Su dolor, luego de seis años. Olvidar su tragedia. La distancia de kilómetros, no fue impedimento para el juego de las circunstancias. Allí estaba él y ella lo encarcelaría.

SENTIRSE REY

Les relataré la gran aventura de vivir en este planeta tierra.

Mi madre fue muy aventurera, salía de noche y vagabundeaba para divertirse y buscar como alimentarse. Cuando se dio cuenta que mi llegada estaba pronta, se cobijó en un quincho, debajo de una parrilla.

Llegué sin problemas, y sin embargo, a pesar de que le daban comida los habitantes de la casa a los dos días, salió de noche y me dejó solo, para siempre: un camión la atropelló. Me adoptó una pareja muy cariñosa de humanos, los primeros días me alimentaron con un biberón de leche, cada dos horas se turnaban para hacerlo, hasta que aprendí a alimentarme solo.

Me hice muy mimoso respondiendo a su cariñoso trato. Nací en Tigre, y me llevaron en un viaje en avión, lejos, con ellos. Mi pelaje es de color naranja y soy muy dormilón. Acompaño desde entonces, a la familia, cuando miran televisión me subo al sillón junto con ellos, mientras los niños juegan los observo sentado, tranquilo, mientras los grandes toman mate.

Los espero al llegar del trabajo con mi ronroneo sabiendo que me van a dar caricias y comida. Nunca vi una lauchita o ratón, no tuve oportunidad de correr tras ellos, como otros amigos míos, siempre fui muy bien alimentado con todo lo que me gusta. Pero hay algo que me enloquece por lo rico, es cuando huelo lechuga. Me pongo rebelde no hago caso y me subo a la mesada, y hago tanto alboroto, hasta que me dan de comer una hoja. Qué rico, su aroma y gusto es mi gran alegría cuando me la dan a comer en la boca, pues no sé comerla solo.

¡Qué sabor delicioso! ¡Esto es vida de rey!

REGRESO

Cierro los ojos. Visto un traje de buzo. En la cabeza una escafandra se atornilla fuertemente al traje impermeable a ambos lados, igual en el frente. Tiene gruesos vidrios para mirar al exterior. Listo. Ahora el poder de la ilusión me lleva al misterio del fondo del mar.

Zapatos de plomo ayudan a permanecer en pie, un largo tubo que sale de la escafandra se une a al del oxígeno en la espalda. El mar se rinde, y yo a él. Desviste maravillas. Valles de fino, casi traslúcido polvo. Oro arena y fiesta rubia danza frente a nuestros ojos. La vegetación desde las rocas nos sale a saludar: Algas y helechos con distinción ceremonial vienen y van en la danza exuberante del agua y una infinidad de seres de distintas formas, tamaños, y colores nos acompañan. Agitan sus colas y aletas y una sinfonía muda y musical desde los más pequeños, hasta los monstruos que habitan la profundidad abisal me reciben. Yo abro mis secretos. Un tiburón, el pulpo, la ballena, una raya eléctrica, medusas, caballitos y anémonas de mar, algunos como flores extrañas, otros pegados a sus valvas y muchos más. Tiempo y misterio, bello mar y agua de donde salimos y al que cuando me pierdo y quiero encontrarme, regreso a buscar.

VOLVER

Deseo de unir las manos, para lograr sentir menos dolor, en el atardecer lluvioso y frío. Mirarnos a los ojos, ese espejo del que antaño éramos adictos. Volver a sentir. Dulzura, como fundirse en la miel. Dejar transcurrir el tiempo. Olvidarse de hablar para no lastimarnos, sin necesidad, que nuestros corazones dialoguen sin trabas, a empujones, con brincos, corriendo enloquecidos. Descubrir que la vida enseña que aquí estamos presentes, felices, unidos al fin, que es su anhelo que digamos adiós al dolor por la ausencia tan inesperada y dar la bienvenida a estos, días.

INTERROGANTE

Mucho medité hasta emprender el vuelo y encontrarte. Estabas muy alto sobre el agua. Podía ver con claridad lo que fue, es y quizá será. Quise hablarte, no con palabras como antaño, sino dialogar. Las miradas se encontraron. Temblé de ansiedad, tus ojos me dejaron helada. Felicidad en ellos no encontré... será tal vez... porque había niebla.

GAVIOTAS

Llegaron a la costa, se alojaron en cabañas frente al mar, de inmediato fueron a caminar por la playa. Conversaron mucho, sus trabajos no les daban oportunidad de visitarse. Añoraban la época de estudiantes. Se había casado muy enamorada hacía un año. Contenta compartía la vida con su esposo, que vendría este fin de semana. Sin darse cuenta el sol se iba apagando. Decidieron alquilar un gomón para salir a pescar. Temprano fueron a contratarlo con timonel, saldrían dos días después. Felices, decidieron tomar sol saboreando unos mates acompañados de galletitas. Poco a poco varias gaviotas las rodearon. Venían por las migas y restos de las galletitas. Voraces no dejaban de observarlas con sus ojitos rojos. Decidieron zambullirse en el mar. Algunas elevaron vuelo y las siguieron, otras se quedaron, lo que las divirtió mucho. Regresaron al atardecer. Después de cenar pensando en la próxima travesía se fueron a descansar. Fue una aventura subir al gomón con el motor en marcha, pues el vaivén de las olas lo dificultaba. Riendo comenzaron a navegar. Al rato el timonel detuvo la marcha y les hizo preparar las cañas, les dio algunos consejos y les pidió silencio. Una bandada de gaviotas los seguían zambulléndose en las olas encrespadas. Algunas se posaban sobre el gomón. Pescar resultó muy divertido; los peces picaban, las líneas se ponían tensas y rápidamente tenían que recogerlas para luego retirar el pescado del anzuelo. La expedición pareció concluir con una fogata que el timonel improvisó en la playa para cocinar los pescados. Cuando se

despidieron las dos amigas no advirtieron ciertos rumores de alas y leves sonidos. El cansancio no dejaba espacio para más.

La noche estrellada invitaba a dejar las ventanas abiertas, el sueño no tardó, los ojos rojos y las alas que las llevaron a volar muy alto sobre la rompiente de las olas tampoco...

AGUA DULCE, AGUA SALADA

Después de arduas horas de trabajo preparando las clases del fin de curso lectivo, las brisas de un aire fresco me traen el perfume de flores del jardín y un suave sol penetra por la ventana, me dispongo a descansar.

Sin darme cuenta una somnolencia se apodera de mí ser y pienso en otro cierre de clases hace 25 años. Cuánto tiempo ha transcurrido, ¿y si buscaran encontrarse nuevamente?

Suena el teléfono, despierto sobresaltada, una compañera de aquellos tiempos me habla de reunirnos. ¿Coincidencia? Susana, Patricia, Mariel, Anita, Jorge, Noemí, Carlos, habían aprobado la idea, sólo faltaba yo. La reunión sería el 23 de diciembre en un lugar muy natural a orillas del río en el Faro de San Antonio alrededor de las 15 horas.

Allí, nos encontramos con mucha alegría luego de una vida con los recuerdos de nuestra vida estudiantil. Entre saludarnos y reconocernos nos sorprendió un hermoso atardecer sobre el río de agua dulce. La emoción nos hizo cantar y nos acompañamos por palmas todos juntos.

Al agua pato, al agua al agua pez. Me miro en el espejo, me quiero conocer, saber qué cara tengo a la rueda...

El alboroto que hicimos y el encuentro de sentimientos nos dejó ver que una neblina nos estaba cubriendo y alrededor nuestro volaban gran cantidad de gaviotas que parecían impulsarnos a que las siguiéramos. Lo hicimos a través de un camino de arena hasta encontrarnos sin andar mucho con una hermosa playa y el mar. Recogimos algunos caracoles y luego preparamos una fogata alrededor de una estrella de mar que

yacía en la playa. Cuando el fuego estuvo bien encendido nos sentamos alrededor y cada uno a su manera habló de cómo habían pasado estos años. Nos pusimos los caracoles en los oídos para escuchar el susurro de las olas, todos sabemos de la magia de los sonidos del mar. Las gaviotas seguían con sus vuelos y saltitos junto a nosotros y entre mate y mate llegó el amanecer sobre el mar de agua salada. Comenzaba otro día, 24 de diciembre y una promesa que sellamos allí sobre la arena de Punta Rasa, no olvidarnos y no olvidar.

GRIS

La ventana, muestra, el cielo nublado. Extraño mañanas, de café con leche y tostadas. Extraño atardeceres, de sol arena y mar. Extraño el, silencio, compartido, los libros, y la discusión final. Nostalgia de ayer. El agua pega contra el vidrio y duele tu ausencia.

HUMO

- ¿Te parece normal?
- ¿Tanto te molesta?
- Bueno, sabés que la salud me importa.
- Ja, ja, ja, ja, ja...
- ¿A que te referís, con tu sarcasmo?
- Que parecés... antigua.
- No, soy inteligente y me cuido, y a vos también.
- ¡Mirá que ahora tengo que darte las gracias!
- Como quieras.
- ¿Querés ir a bailar?
- Puede ser en otro momento.

–¿Tanto, enojo por un cigarrillo?

–Siempre ignorás mis sentimientos, ¿qué puedo esperar?, aparte el humo me molesta.

INSTANTES

I

En el azul oscuro del cielo brillan como diamantes las estrellas, después de la lluvia. El aire trae oleadas de perfume fresco, de tierra mojada. Pisemos la hierba húmeda, el aire juega con nuestros recuerdos de ayer tomados de la mano hoy.

II

El ruido incesante e inevitable de la vida moderna se interpone en nuestra relación auditiva con la naturaleza, casi nos impide escucharla.

Nos hacemos sordos hasta de nuestros pensamientos, cerramos así el paso a los sonidos de la vida.

III

Levemente, suavemente te presiento, con un breve pensamiento que vuelve y no se ve. Donde fuiste sombra, bruma, espuma ¿para siempre?, ¿ya fue?

Las caricias han huido. El silencio responde.

POESÍA**LAS CUATRO ESTACIONES**

En el devenir del tiempo
¿qué ha ocurrido?
Las inclemencias del clima, o
un ser humano no respetó
tu trayectoria en el reino vegetal
en la tierra y acaso ¿te mutiló?
Estás desnudo, seco, inmóvil,
tus ramas rotas, quebradas,
las hojas secas, que el viento
las hace volar, de tonos verdes,
amarillos y marrones, que alfombran
el suelo a tus pies y crujen al pisarlas.
¿Dónde se han ido?
Tanto dolor desvanecido, olvidado.
Sin embargo, mostrando
una gran entereza,
te elevas nuevamente, radiante, lleno
de nuevas hojas verdes.
Hacia el azul del cielo y sus estrellas,
diciendo ¡aquí estoy!
tengo que restañar mis heridas pasadas,
y dar resguardo a quienes necesiten
mi sombra en primavera y verano de los rayos
del sol implacable,
pero sin él no tendríamos,
vida y no seríamos felices.

ILUSIÓN

Como duendes que se filtran entre los rayos del sol, y abren con su luz cada amanecer. Caminar senderos idílicos, las manos unidas, con amor, las miradas compenetradas, unos en otros.

Ser reflejos donde el mundo halla alegría, verdad y esperanza. Entonces será primavera en mares y tierras fértiles se llenarán los campos de espigas, frutos, huirán soledad, dolor, incomprensión y soledad hacia entornos sombríos, después bajo las estrellas... renacer

VIENTO

Ondulas las aguas del río las encrespas,
cantas y levantas las olas del mar.
Qué voz tan llena y sonora tienes,
te deslizas por las copas de los árboles.
Juegas con las hojas secas que caen en otoño,
llevándolas a pasear donde quieres.
Silbas por los ventanales, y en las rendijas
de las puertas, con sonidos ululantes.
Impulsas las nubes, que huyen o
se juntan apiñadas, como dispersos rebaños de ovejas.
Cuando te enojas te elevas como hongo
gigantesco que arrasas y destruyes a tu paso.
¡Oh viento!
que variadas y misteriosas son tus acciones.

OLGA TASCA

HILDA TREZZA

PRÓLOGO

¿Por qué escribo?... ¿qué es lo que me lleva a juntar ideas, palabras, oraciones, escritos?

De pronto algo se agita en mi interior y me mueve a dar libre curso a una fuerza irrefrenable. A veces es un acontecimiento que renace la sensibilidad dormida, otras, una especie de destello que ilumina rincones oscuros, o una visión particularmente aguda de la realidad que me rodea.

Si tendría que expresar mi inspiración debería estar acompañada de una historia, a veces corta, a veces larga o muy elaborada.

Podría resumir que

“escribir para mí es como soñar totalmente despierta, con el uso de mi plena razón, donde uno va formando con pedacitos de distintas impresiones, unidas estas por la idea que se expresa”.

“Una sola palabra, si es verdadera, es suficiente”.

MAHATMA GANDHI

“Si la inspiración no viene a mi, salgo a su encuentro a la mitad del camino”.

SIGMUND FREUD

MIS ANTEOJOS

No les mentiré, de verdad, me costó llegar a ser quien soy, sonará extraño para Uds. que alguien tan ambiciosa como yo, esté obsesionada cada mañana con la idea de ser alguien distinta a quien se durmió la noche anterior.

Tomé mi vaso de agua, bajé las escaleras y desayuné el recalentado café que Georgina, la gentil, me había dejado sobre la mesa.

Al terminar subí a bañarme y no fue hasta que me vi al espejo que lo supe: era el día.

Recorrí las calles de Buenos Aires observando los árboles, las casas, la gente o las nubes con la forma de ver el mundo que me habían enseñado; para poder hacerlo tuve que proceder antes a un minucioso desaprendizaje de los conocimientos inútiles que me contaminaban, almacenados a lo largo de 30 años. No había otro remedio, toda aquella basura era incompatible con la mirada cristalina de mis maestros... mi familia

Mis lentes, único objeto que acompañaron mis vivencias.

Hay que ver lo ocupadísima que anda la gente, invierten como locos en la Bolsa, juegan en el bar de la esquina, no paran de trabajar en una tediosa oficina que ni siquiera da a la calle, esa mujer que se arregla el pelo mirándose en la vidriera de una zapatería o aquel muchacho tras la ventana del tercer piso que no se desengancha de Internet y yo misma aquí sentada sin saber todavía si realmente quiero escribir un libro... ¡no lo sé!

Sin embargo, a todos sin excepción lo que más nos importa en realidad son las demás personas, la opinión de los seres que queremos, el cariño que nos tengan o que falte.

Y aquellos hombres y mujeres que miran pensando que nadie los observa y aquel joven que en realidad parecía nervioso tratando de esquivar los ojos tentadores de la mujer que arreglaba su peinado.

Por eso yo trato de ser una... ¡creo que tengo ya la idea de mi libro!

Hace un par de semanas una persona me dijo algo que quedó grabado en mi conciencia: ¿cuándo pensás vivir tu propia vida?

“Perfección”, fue el mejor título que pude encontrar, sirvió para que con palabras exactas se desvistiera el ser que en realidad era. Todo se sabe.

Puedo decir que he vencido uno a uno los seres aberrantes que la vida ha prestado a la vista de mis ojos a través de mis anteojos.

IDOLATRÍA

El teléfono sonó con su acostumbrado, indiferente e impersonal timbre. Su sonido tenía la monótona persistencia, esa que espera servilmente. Levantó el auricular para desplegar entonces, la intensa y contenida agitación del llamado.

Raúl Pedraza, que así se llamaba aquel escultor que amaba la belleza en los escultóricos cuerpos juveniles... oyó.

No se movió siquiera del sillón donde estaba hojeando aquel libro cuyas ilustraciones de la estatuaria griega constituían exponente artístico refinadísimo.

Así, tranquilo, casi estático, contempla absorto cada una de ellas y toda la escondida y secreta vida milenaria surge desde el pasado.

–El teléfono llama y ¡maldita sea!–.

No contesta.

–Estos cuerpos no esconden ninguna falla de la estúpida vergüenza, ningún temor de culpa, ningún sobresalto de pecado.

El teléfono se ha callado y como si nada lo perturbara ha levantado la cabeza para fijar la vista. Frente a él resaltan las estatuas, afamadas réplicas que las había adquirido, quizás a excesivo precio. Allí se lucían para recrearse los testimonios del arte griego.

Rodea el todo una sugestiva y penetrante penumbra, pero un indeterminado halo de sufrimiento misterioso parece revolotear allí.

De nuevo suena. La llamada prefigura un encuentro, quizás una cita.

–Raúl voy para allá, ¿estabas esperándome?

–Aquí estoy, te espero, ¿cuánto tardarás?

–Sólo el tiempo necesario.

Una impaciencia muy íntima y nada. Sí, allí estaba ese porte auténticamente juvenil, seguro de su belleza, reafirmada por la ausencia de toda escondida arruga y todo su cuerpo en armoniosa perfección como escultura viviente... allí estaba.

¡Veinte peligrosísimos años!; había despreciado siempre toda esa juventud que no fuera estatuariamente bella, siempre con visión de plástica belleza que el arte preserva inmutable e imperecedero.

Nunca se supo si esa noche el Sr. R había auto decretado su huida.

Lo limpió, sacó sus ropas dejando ver su bello cuerpo joven, ése lugar era el mejor, la última estatua que le faltaba para completar su colección.

¡Sí!, él repasaba con amor y sabor de erudito las láminas escultóricas.

Al pie de la última estatua decía:

“Yo, yo, sin juventud corrí...

hui del seco y desolado cuerpo

solo, muy solo, para siempre solo...

DOLOR PROFUNDO

Shangai, ciudad más poblada de China, al lado del delta llamado Changjiang y al este del Mar Chino.

Vivo en el centro de ella, bajo el gobierno de la República Popular China. El desmedido crecimiento de la población ha llevado al gobierno a un programa de planificación familiar. La falta de vivienda, la con-

taminación del aire y del agua son problemas diarios, así como el río Huangpu, cuyas aguas contaminadas suministran agua; a pesar de esto nunca pensé que este río marcaría mi vida para siempre.

Hace algunos años llegué aquí llena de juventud, con una educación adquirida en la mejor escuela y universidad del lugar, donde impartían muy buenos modales.

Debido a mi excelente preparación y a un arreglo me casé con el hijo de un próspero minero del carbón que era imprescindible para la industria y el calentamiento del hogar.

La planificación familiar del gobierno imponía que cada pareja podría tener solamente un hijo, de lo contrario sería quitado todo aquel que naciera a partir del primero.

Tiempo después de mi casamiento nacieron mis bellos gemelos a quienes cuidé ocultándome en una casa de campo. Pude disfrutar de ellos hasta el año; fue entonces cuando llegó a mis oídos la noticia que las autoridades estaban controlando cada domicilio para verificar la cantidad de hijos.

Desesperada, como loca, quería salvar a mis pequeños... ¿cómo podría elegir uno? ¿cómo lo entregaría y a quién?

Corrí por calles estrechas de Shangai cuando apareció una mujer, al verla me dije que ella sería la elegida.

Preguntando me enteré que era la esposa de un diplomático, el cual residía en Australia pero cada año lo enviaban a Shangai por asuntos internos. Ella pasaba todos los días por la misma calle que la llevaba al río Huangpu. La seguí, a sus orillas la sentí varias veces emitiendo un prolongado y lastimero grito: ¿¡hijos... mis hijos...!?

Traté de hablar, pude hacerlo, le expliqué mi tragedia, me escuchó atentamente, en su mirada triste se podía adivinar que sabía lo que le iba a proponer.

Noche cerrada, sin estrellas, frío intenso, lluvia pertinaz. Mi esposo recibía amigos, me fui a cumplir aquello que causaría la muerte de una parte de mí.

Llegué, ella me extendió sus brazos, los vi subir en un bote esfumándose sobre las aguas del río Huangpu.

LA CITA

Recuerdo la primer violencia suya contra mi cuerpo, pensada, calculada.

Todo comenzó una noche cuando acudí a una cita que día a día cultivé en mi corazón. No entendería mi necesidad de encontrar aquel camino que me llevaría a ella. Tanto tiempo pasó... tantos recuerdos.

Llegué al hotel, en la penumbra busqué desesperada su imagen. La encontré. Una opresión surcó mi pecho. La besé, la acaricié, ¡mi madre!

Él no me creyó. Pensó que era él... el de la cita, de pronto, los golpes.

CUANDO ESCRIBO

Me llevó todo un año ahorrar para alquilar aquella casa al borde de un acantilado, quería escribir, instalarme en ese cuarto desde donde vería la inmensidad del mar.

Escribo, cuando lo hago quisiera desprenderme de esos sueños intrincados, donde los impulsos siempre me derrumban, donde veo pasar mi vida como un carrusel girando en una vorágine sin fin. Las líneas desde el papel acechan y se asemejan a raros jeroglíficos, como mi vida.

EL ORDEN

El orden dirigía su vida, se lo habían impuesto desde chica. Todo controlado, situaciones donde el dolor se disimulaba.

Ese día creí que me moría, antes de dormirme observé todo ordenado. Entré en un sopor quizás deseado, quizás no.

Me desperté con un sudor que invadía mi cuerpo tembloroso, acaso haya soñado lo que presiento. Sacudones violentos, sensaciones turbulentas... un cuerpo ultrajado... escribiría un cuento sobre aquella joven que un día en su cuarto fue violada.

DOLOR PROFUNDO

Esa imagen se soldó en mi memoria, creo que antes de nacer me acompañaba. Era la figura de mi padre. La mesa enorme que recuerdo, aquellas flores sobre ella, testigos de aquel drama, jazmines, carnosas flores que siempre mueren... murieron hoy conmigo. ¿Quién fue?, ¿a quién no puedo borrar de mi visión?

Rompo papeles anotados, cartas que pretenden que perdone.

Hoy me iré de aquí, de pie ante la ventana analizo las preguntas y respuestas; sigo mirando y desamparada me aferro al deseo de vivir sin esa imagen. La mesa y esa figura que se alza exaltada, sucia, temblorosa donde vislumbro y confundo a mi padre.

VIENE DESPACIO

Noche, tinieblas, bruma, estrellas dentro de un manto negro y la luna que no está, allí entro, mis pies marcaban pisadas profundas en ese lodo sin final. Mi mente se turba con secuencias por momentos como

espejos que reflejan mi imagen sin palabras, sin recuerdos. Destruída como bisagra herrumbrosa escucho una voz que me dice, ¡es el reloj! ¡El reloj que marca el tiempo, no te asustes, ya no tiembles! Un pájaro que arrulla, una niña que nace y aparece como bella mariposa. Un árbol tenebroso, resquebrajado con entrañas tan profundas que dejan paso a una mano muerta que me lleva a su interior.

AMOR

Contra su costumbre camina la india con paso rápido y expresión ansiosa, su gran misión es ir a buscar a la curandera a su choza, con la premura que exige la proximidad de la muerte. Nada hay que atenúe los dolores del gran jefe, nada que cure su mal ni los remedios más raros. Los que estaban afuera la vieron salir corriendo pues no estaban acostumbrados a su proceder tan raro. Una vincha de cobre impedía que su cabello en la frente molestara. Entró en el bosque, se internó en la espesura, y el llano lo enfrentó con bravura. Sus pies y sus manos al contacto con las piedras, sangraban dejando sobre la nieve manchas rojas de sus huellas.

Sus fuerzas flaquean, está rendida sigue y sigue mas arriba y la invade la fatiga; de pronto ve una figura alada y escucha un graznido horrendo, un pacto hizo con ella un pacto quizás tremendo su espíritu con humildad a cambio de su Qosay. Ella sabía que ese era el precio que debía pagar por la vida que se iba. La india se fue apagando y el recordó estremecido la abnegación de su esposa que por amor yacía.

MIEDO

Crece figuras tan sutiles que me vuelven obsesiva, las percibo sin saber y por eso no comprendo que me dicen. Imposible responder, sigo el delirio y escucho detrás de aquella puerta esos pasos. ¿Serán los con-

denados?, es el tiempo, el tiempo que hace mi trampa y no sé discernir en noche sin consuelo si esa puerta corresponde a mi destino.

LA TREGUA

Esa noche la soledad la llevó a buscar en uno de los cajones del mueble que ocupaba la esquina de la biblioteca. Aquella caja llena de recuerdos, de vivencias, de fotos, algunas color sepia otras más actuales.

¿Cuál es la que busca?, y como si supiera lo que le iba a suceder trata de no encontrarla pero ahí está, era como un espejo donde veía reflejado parte de su ser, y la foto encontró.

Cerró los ojos y vio en una vorágine sin fin, escenas que golpeaban, rupturas de aquello que sembró y a mitad de camino solo se esfumó.

La invaden sentimientos encontrados quizás odio, quizás rabia, necesita una respuesta. Recordó el número y marcó.

RESERVA

Lo percibo, creo escucharlo y permanezco absorta esperando su presencia, no hay ventanas, dibujo en mi pensamiento un arco de piel que capturo, siento miedo, soledad, me impregno y me reservo.

Ese día en mis latidos te veo como moneda falsa y tu mano, pasando por mi cara... hoy limpiaré mi mente, ya te vi; tu cuerpo me reservo.

POESÍA**DESCONOCIDOS**

Como gritos sin dueño no escucho mi destierro,
extrañeza que empuña sin halagos desnudos.
quizás cubra mis caricias
el odio que vive escondido debajo de mi almohada.
Escucho entre mis sueños esa voz
que me marca un tiempo sin final.
Saco miel de mi propia pesadilla
esperando que mañana yo te halle.
Me confundo, veo pieles y voces parecidas a las tuyas,
me rebelo deliberadamente, pienso, tiemblo
y me asusta el pensar que no te halle... mañana.
Miro abajo, de rodillas otra vez,
veo el mundo como un cuerpo engrosado de amor.
Hay hincados que son desconocidos
quien sabe viven los ligamentos rotos de la conformidad...
uno habla, otro dice –por favor–
Reclaman un descanso y preguntan
¿a quién esperas? ¿estás muerta?
Mi cabeza palpita, voy a mortificar sus sueños,
huyo y clavo mis alas hacia el encuentro de esa puerta,
detrás, me extraña tu figura.

HILDA TREZZA

CAMILA VÁZQUEZ GARRIGA

PRÓLOGO

Las palabras no llegan a todos por igual.

A veces son livianas como las plumas y suaves como el terciopelo; otras veces nos encarcelan y calcinan.

Algunas nos pertenecen y se suicidan de nuestros labios, víctimas de un delirio verborrágico.

Varias llegan como mariposas en diálogos propios y ajenos. Sin importar de que manera o de quien, dejan huellas, se impregnan en el espíritu.

Mis escritos son mi esencia, la visión más versátil de lo que llamamos vida.

LA PLUMA DE MI PAPEL

Detenida por inmensidades de agua, atada a una tierra que no termina de convencerme, que me hace diferente.

Pero no solo es físico, algo mental esta reteniéndome, rogando que me calme y no me arriesgue.

Mi mente avanza y mi cuerpo no, o tal vez, mi cuerpo camina y mi mente no piensa.

¿Hasta dónde llegaré? ¿Hasta dónde quiero llegar?

¿Cuál es el motivo? No responderé con suspiros.

Lo mental está dividido, entre lo perdido y lo que no ha sido.

Recuerdo los días que han llovido, los arco iris eran tímidos y se escondían tras lo divino.

Tal vez algún día escape, descubra mis alas y sepa usarlas.

Tal vez solo me esconda, me encierre y quede sola.

Decisiones que se transforman en la pluma de mi papel; es a donde me guiara mi ser. Donde seré alguien y podré crecer.

A veces solo necesito un abrigo que me proteja del exilio, del abismo entre la razón y lo que no es mío. Necesito algo, ojalá supiera de lo que hablo, al fin, no sería algo tan vago.

YA NO...

Va por un vaso de agua. Aprovecho a estirarme. Estoy arrugado y sucio. Veo a mis colegas en el cesto, desechados. Yo también lo iba a ser, pero se arrepintió. Aun así las cicatrices perduran.

Escucho la silla, el lápiz vuelve a su mano. Un par de trazos y en seguida busca la goma, me pongo rígido, siempre me hace cosquillas. Se pone nervioso, éste le cuesta trabajo.

Un ruido fuerte me altera para después sentir un frío impregnarme con rapidez, aspiro bocanadas, esta alcanzándome. Lo oigo lamentarse. Voy a morir, lo se. Me desespero pero estoy pegado a la madera del escritorio. Intento escapar, no puedo, estoy pesado. Me ahogo, el agua me cubre. Ya no podré estar en la exposición.

TERCIOPELO VIOLETA

Mi voz y el terciopelo se mezclaron, se transformaron en propia manipulación; me obliga a decir lo que creo irrelevante, siendo tal vez lo más importante y secreto.

Estoy en una encrucijada, prostitución de palabras vendidas y enredadas. Seduzco la ceguera de lo que alguna vez dije y nunca debería haber nombrado.

Me prohíben, necesito gritar, pero estoy callada. Finjo emociones en la cama, busco óleos en mi sangre, perfume de violetas la oscuridad de mis lágrimas.

CÁRCEL DE SANGRE

Mirando a través del cristal empañado. Desintegrando la realidad que vigila mi espalda, escuchando mi corazón latir cansinamente. La inmensidad verde se vuelve gris y la lluvia se tiñe de carmín.

Sin esperas ni quizás, entendiendo lo que está; sin olvidar lo que ya fue. Anulando la necesidad de sentirme bien. Buscando la calma que me salvará de la desesperación.

Enterrada en mi cuerpo, una cárcel de células y sangre.

Demoníaca es la parte del deseo irrefrenable, de los gritos incesantes; de tu alma tan distante.

Un cielo con lunares. Una luna como gema invaluable, de este mundo errante. Sin descanso ni apuro, total es solo futuro.

SE ARRODILLA JUNTO A MI ESPÍRITU

Escuché gritar a las sirenas a orillas de mi esqueleto, arrojándome en un arrebató al brillo de las estrellas. Descolgado en mi naufragio azul a la espera de que la luna acepte mi muerte y juzgue si fui nadie.

Abandonado a la marea, sentenciando para siempre mi alma sin pena, orgulloso de mi nombre, arrepentido de la espera. Tal vez me castigue mi propia voz.

Las agujas del reloj funcionan de reversa en el limbo amarillo dentro del cuento de mi mente. Me persiguen mariposas a la velocidad de un tren hasta llegar a la herrumbre de mi mano y mi papel.

HUELLAS EN LA PIEL

Siento que me transporta al paraíso, los constantes suspiros, ambientando el ritmo de nuestros cuerpos perlados de sudor frío.

Las manos acarician y encienden, cada roce deja fuego en nuestras pieles. Sus brazos me envuelven y protegen mientras los susurros confirman lo que se siente.

Sus labios se encargan de descubrir los sentimientos de mi alma, desvaneciendo miedos, refugiándome en el calor de su silencio.

Profundos como el universo, el brillo de sus ojos es intrépido y honesto, destellando puro amor eterno.

Dos corazones unidos en algo tan sencillo y perfecto, tan solo es el comienzo.

Dedicado a Agustín Rabbiosi.

TIERRA Y VIDA

La tierra respira la agonía de daños y recuerdos hechos escombros. Anhelante de felicidad y sueños... late.

Porque a veces se siente sola. Está herida pero aún perdona. Nos da oportunidades de vida, nos arrulla y nos cuida.

Mentimos con ignorancia, la herimos con arrogancia, la contaminamos con delirios; provocamos un deseo de exilio.

El fuego es su fiebre. El agua su llanto. El viento sus gritos. La tierra su descanso.

El humano debe aprender a convivir en la esperanza; y ayudar a Gea, a sobrevivir lo que nos espera.

SENTIDO DE PERTENENCIA

Tengo la esperanza de que un día me mires a los ojos y admitas que había otra mujer que te podía amar así.

Subestimas el silencio y sin embargo en el encuentro afrontas realidades como un maestro.

No sé lo que tengo que hacer para pertenecerte y que me desees siempre. Es difícil ser incondicional y esperar que me empieces a notar. ¿Algún día verás el valor que tienes para mí?

Siento que soy tu sombra, pero apenas me percibes.

La tristeza otorga las palabras del ahora. Espero cambien cuando los vientos recorran tus labios. Solo quiero escucharte decir *Te amo*.

SUICIDIO

Estoy en la cima del cerro. Sumida en el silencio espero un encuentro; algo que me devuelva el conocimiento.

El vacío me absorbe. Un escalofrío me recorre como un manantial de agua fría buscando una salida. Y nadie me detiene.

Es triste. La existencia frágil de un motivo abandonado. La fuerza se escurre entre mis venas, se dispersa y desaparece.

Lágrimas pintan transparencias. La palidez me domina. Tiemblo entre las suaves brisas que de a poco me acercan a la ruina.

El horizonte pinta de colores mi escenario. Aquel ambiente lúgubre y precario.

Mis ojos fijan la orilla y mi sonrisa finaliza mi despedida.

NIÑA

Hace mucho tiempo, estaba sentada junto al hogar de ese gran recinto, los leños crujían y el fuego soltaba su calor, rodeada de muchas personas de gran corazón que permanecían allí por la misma razón que yo. No sé si decir que estar ahí fue triste o tal vez lo mejor.

No es culpa de ellos, nunca lo fue o eso quería creer.

La vida en ese lugar era una rutina. Nos levantábamos a las seis, desayunábamos pan y té, a no ser que alguno necesitara leche por cuestiones más importantes. Deambulábamos en el comedor la mayor parte del tiempo, conversando si es que alguno estaba todavía cuerdo; cerca de las doce del medio día, almorzábamos platos sencillos, como sopas y pollo, y luego de eso nos llevaban un rato al jardín si el sol decidía regalarnos su cálida luz.

Una belleza, así decíamos siempre, porque teníamos la paz para poder observar a los colibríes revolotear por las flores, a los pájaros cantar y al viento acariciar la vida.

Es penoso que recién a esa edad, pasados algunos cuantos años y otros tantos tiempos, uno aprenda a ver realmente lo que se debe ver.

A las seis nos entraban, llegaba la hora del baño, donde cada uno tenía una situación particular que atender. Cerca de las ocho nuevamente sentados en el comedor, a la espera de un succulento plato de guiso o estofado, para mantenernos calientes. A veces, había postre.

Un rato de tele o radio y luego a las habitaciones, muchas de ellas compartidas, señoras por un lado y señores por otro, todo muy bien organizado. Al menos, en la mesita de luz uno podía tener lo que era suyo.

Y así todo volvía a hacerse, en el año lo único que cambiaba eran los horarios dependiendo de la estación y algunas veces la comida como consecuencia de la economía del país y de nuestras familias. Ah... nuestras familias, pareciera que una vez que te instalan allí, dejas de pertenecer a ella. No te llaman ni llamas seguido; y la preocupación por su bienestar te desespera en un principio hasta que optas por rezar para que siempre estén bien. No juegas con tus nietos, porque ese no es un sitio para niños, es oloroso y de escaso color. Y si la alegría llega el día que tus hijos te visitan, lo hacen tan rápido y con tantas excusas que se van en menos de veinte minutos; y los comprendías y guardabas como un tesoro haberlos visto aunque sea medio segundo. Me regañaba yo misma cuando me planteaba qué era eso tan importante que tenían que hacer, que les impedía verme, que priorizaban antes que a su madre, cuando yo jamás les negué un momento de mi tiempo; ¿pero qué sabía yo de eso?, ya tenían a sus hijos y de seguro ocupaban todo de ellos, por lo que no había un rato para mí y debía comprenderlo.

Los fines de semana muchas veces jugábamos a las cartas, y con algunos porotos que la cocinera nos prestaba, apostábamos hasta quedar en quiebra y retirarnos de la mesa con dignidad. Para las fiestas, éramos pocos, ya que muchos tenían la suerte de que sus familiares los busquen para compartirlas con ellos. Pero los que no teníamos esa suerte tampoco la pasábamos tan mal, la cena era un poco mas apetitosa y de postre había rosca navideña, pasas de uva con chocolate y jugo. Vaya si teníamos un festín, además nos dejaban salir al jardín a ver los fuegos artificiales si prometíamos abrigarnos bien.

Pero lo que me quedó grabado, fue esa niña. ¡Que linda era!

Llegó un día, acompañando a su madre, una de las empleadas que ayudaba en la cocina y la dejó ir a jugar al jardín; tanta vitalidad, verla perseguir las mariposas y reír a carcajadas ella sola; su cabello era colorado y tenía unos enormes ojos verdes, soñadores e inocentes.

Su visita comenzó a ser habitual, y se transformó en nieta de todos aunque no se acercaba mucho a ninguno.

Una tarde de verano, había pedido que me dejen bajo la sombra del limonero que se encontraba en una esquina del jardín, por lo que una de las chicas amablemente estacionó mi silla de ruedas para luego seguir con sus tareas. Cuando pasé mi vista cansada por el verde pasto de aquel lindo jardín, la vi, paradita y mirándome fijamente; con pequeños pasos se acercó. Sus ojos fijos en los míos, llenos de paz, su pequeña mano acarició las mías unidas en mi regazo, sus labios rosados sonrieron con puro amor. Sentí tanto calor, tanto cariño.

—Abuelita, es hora de que vuelvas a casa, vine a regalarte días soleados.

Las lágrimas resbalaban por mis mejillas gastadas. Sus palabras habían sido tan dulces. La niña se alejó corriendo, la observé agradecida, ya no había más que decir y estaba feliz.

Esa noche comí poco, y pedí de acostarme temprano.

Cuando mi cabeza tocó la almohada y mis ojos se cerraron, fue mi oportunidad de perdonar y agradecer todo lo que alguna vez había ocurrido.

La habitación se impregnó de un aroma a rosas y ella, lejos de ser agresiva se comportó paciente y generosa.

Había llegado el momento.

Me quedé un tiempo con mi familia, asegurándome de calmar su sufrimiento, porque siempre duele cuando alguien deja de estar, y a veces uno no se da cuenta de lo que tiene hasta que lo pierde.

VÍCTIMA

Viene despacio. Acomodo el silencio. Algo me provoca, suelto las palabras hasta ahora retenidas en mi boca. Se desata el llanto. Observo tus cuadernos ribeteados de orgullo. Espero recibir tu mirada decorada de incertidumbre.

Los tiempos se ordenan bajo la luz de la vereda. Solitario encuentro de sombras violetas. La tinta y pinceladas desiertas.

El viento sopla caricias que no son correspondidas. El hielo cubre los ojos hipnotizados por la escena. Una mujer tendida, abandonada. Una verborragia de suposiciones que pudieron haber ocurrido, infectado la conciencia de aquella inocente. Víctima de un arrebato delirante, o de un sufrimiento incesante.

DELIRIO

Respira profundo, derrota tus fantasmas internos. No mires debajo de la cama ya que las sombras se ensanchan, habla en voz baja y observa cada batalla. No es más que un centenar de galaxias unidas en una sola página.

Levanta tu espíritu, ponte al desnudo y evita a toda costa escuchar los susurros. Es la mente trabajando sin descanso, anulando lo que en realidad debería haber acabado.

Observa el sendero, demasiado quieto, sospechoso en su silencio; es que tal vez hay algo negro escondido detrás del muerto. Las espadas chocan anunciando la llegada de una era remilgada.

Si miramos los cristales, sucios de colores, anhelantes de sol, temerosos de la noche, reflejando rostros abstractos sacados de un retrato.

Perdimos la cadena que se oculta tras las piedras, tirar podría provocar un despertar en la ciudad. Callada la calle está, a la espera de encontrar un entretenimiento para dar.

Canta la gente en sus casas cerca del hogar, con un cálido fuego blanco iluminando todo el espacio, sin dejar ningún rastro de los pasos que fueron dados.

De reversa a la inversa la cuerda se bambolea, la sangre chorrea del vino que hay en la mesa, es de un rubí azulado, impregnado de recuerdos desaparecidos en el viento.

Gimoteando como un niño, el hombre anuncia su lástima esperando una palabra; los sucesos no llegan solos y en el despiste ni los más tontos se dejan caer del todo.

Brinca, brinca, relincha y se detiene, porque sabe que algo viene inundando el arrecife de verde, desbordando de alegrías el remolino de adrenalina.

Estamos juntos, estamos solos, dispares somos pocos; ya no veo la coherencia, ni tampoco busco ofrendas, tan solo relato lo que mi mente recrea.

CENIZA CALCINADA

Dulce e insaciable cuerpo. El fuego rechaza lo que queremos mostrarle. Atrofiado de pensamientos altaneros. Me quemo con solo tocarte.

Te escondes tras el humo, déjame admirarte. Ninfa de los paraísos terrenales. Esbelta figura alucinante. El bosque te refugia. Danzas desnuda entre las ramas y tu cordura. Eres fuego. Atrevida criatura, me sumas a la locura. Eres pasión y ceniza al instante. No me calcines, solo ámame.

Por más que estire mi mano sé que no la tomarás. Tienes orgullo, sabes que puedes. Devuélveme la sonrisa. No, no esa. Sonríe con el corazón. Eres tu propio Dios, Tan solo... Aprende a escucharte.

CAMILA VÁZQUEZ GARRIGA

NORMA VINCIGUERRA

PRÓLOGO

El impacto diario supera toda ficción. Realitys, culebrones, entretenimientos no pueden alcanzar el ritmo actual.

A todos nos gustaría encontrar un oasis para descansar aunque sea un instante. Para que puedan tomarse un respiro estamos los escritores.

No es que nos convirtamos en colchón, ni en sanadores, ni en agentes de la verdad.

Sencillamente queremos, quiero, que las palabras sirvan para paliar este sismo que nos toca vivir.

LA MUSA

Las primeras luces matizan la desolada peatonal porteña. Aquel hombre con su saxo transita siempre el mismo camino. Después de una intensa velada con aplausos, alcohol y humo de cigarrillo, sale del lugar. Se recoge el cabello y apoya su delgadez sobre los vidrios húmedos de aquel bar sin luces. Se acaricia la barba y se deja llevar. Por un instante deseó que esa mano no fuera la suya. El olor óxido de la madrugada se transforma en lavanda al recordarla. Noche a noche está allí sentada en la misma mesa, sola sin hablar, sin reírse, con los ojos fijos en él. La siente cerca, tanto que puede ver la cicatriz oculta por el mechón rubio. Luego desaparece como un fantasma, deslizándose entre las sombras sin dejar rastros. ¿Por qué sigo alentando esta fantasía, este amor sin esperanza, este amor que duele tanto como da sentido a mi vida? Lo había decidido. Se le acercaría. Averiguaría su nombre. Acompañaría su silencio. Besaría sus heridas. La amaría. El filo de la verdad le cortó la respiración. La mesa de siempre la ocupaba una pareja desconocida. La buscó en cada rincón. Preguntó a todos si no habían visto a una mujer con mirada triste y campera de cuero. Se marchó hacia la calle y se quedó a esperar que las primeras luces matizaran la desolada peatonal.

LA ROSA SECA

Yo comienzo cuando duermen las almas. Anochece y el camino hacia la plaza mayor se hace cuesta arriba. Las ventanas de las casas se cierran a mi paso. Las doce han dado y sereno, frase que repito como un canto, por algún motivo, les da tranquilidad escucharla. – Hoy es el día-comentan. Hoy se cumple otro aniversario de la muerte de la Duquesa. Juró que volvería para vengarse mientras se chamuscaba en la hoguera. No creo en la brujas, pero...

Destellos en el cielo anuncian tormenta. La brisa trae el perfume a jazmín de los patios. Todo parece anunciar una vigilia en calma. Dice la

leyenda que se enamoró de un Cacique, lo liberó de los españoles, se lo llevó a su casa y le curó las heridas con hierbas que ella misma cultivaba. Desde entonces cada centenario su espectro se carga cuerpo y espíritu de algún hombre. Al terminar de encender la última vela, como en in juego de dominó, las anteriores se apagan. La brisa se convierte en viento y empieza a refrescar. Común en ésta época. Tengo que empezar de nuevo. Retrocedo y vuelvo a prenderlas, pero la corriente es más fuerte cada vez. Las nubes se espesan. Puedo oler la grasa derretida. Insisto pero no logro mantener las llamas. Del suelo emerge una neblina húmeda. ¿Qué veo?, al otro lado del camino, una mujer, no comprendo, ¿A éstas horas?

–Señora, señora, ¿Qué hace tan tarde?, señora ¿necesita ayuda?

Gira y me roza con la capa de terciopelo negro. Debajo la capucha devela el rostro desencajado. Lleva una rosa seca que sostiene en sus escaúlidias manos. Como una pantera en defensa de su cría saca las filosas uñas y, con un rugido rasga mi camisa. Corro por la calle resbaladiza por el lodo. Ella sigue inmóvil. Me observa. Me tropiezo. Desde el aire se acerca con intención de lanzarse sobre mí. Me levanto. Encuentro refugio detrás del murallón del cementerio. Contengo la respiración. Sospecho que se fue. Vuelvo a respirar. Sólo unos segundos de tregua, hasta que cae delante mío con los brazos abiertos. Despliega su manto como alas. Me enmaraña con sus lienzos puntillosos. No logran explicar su misteriosa desaparición. Después de un tiempo de buscarlo decidieron levantar una tumba en su honor. Pocos lo visitan. No le dejan flores, pero siempre sobre la lápida hallan una rosa seca.

EL GRITO EN EL VUELO

Retumbó en mis entrañas, golpeándome con más fuerza a medida que se alejaba. La verdad quebró mi inocencia. Sumergido en el dolor quise gritar. Las luces de los coches debajo del puente como rayos.

Para mí son meros reflejos. Intenté dibujar su figura. Apareció la única imagen que recuerdo de ella. La que con su risa casi grotesca, decía, No te dejaré, pase lo que pase, estaré con vos. Le creí. Todos estos años de amarla con vehemencia, de concebirla mía, de leer en sus ojos y no sospechar. Ignoré que, cuando con esa sencilla puerilidad él se acercaba a pedirle agua, tejían la telaraña donde decidían el destino de los tres. Y ahora todos mis sueños destruidos y el futuro enterrado. Sin sentimiento de venganza ni de rencor. Sólo estas ganas de volar.

EL ÁRBOL EN EL PARAÍSO

Él la llevó a vivir al paraíso. Ella aceptó y creyó que aquello era la felicidad. Un día abrumada por el tedioso bienestar, vio el manzano que reventaba de tentaciones y, me estiro, me estiro, me estiro, logró alcanzar el rojo producto. Abrió la boca, lo mordió y chupó el almibarado jugo. En pleno clímax convidó a su hombre a mordisquear el otro lado y él abrazado por el apetito lo partió hasta hacerlo crujir. Ahora sí habría alcanzado la dicha. Ella quiso probar el resto de los frutos.

Él comenzó a preocuparse. Ella se interesaba cada vez más y quiso seguir. No le bastó con ese árbol, se le antojó otros.

Él que pasó de la preocupación al miedo enfrentó a su padre que preguntó, ¿Quién? Rápidamente alzó el dedo índice en forma acusadora y dijo, Ella. El padre ceñido por la furia los amenazó con el destierro.

Él se arrodilló, pidió clemencia. Pero ella ya se había ido.

¿DESTINO O SUERTE?

¿Cómo voy a culparlo si no recuerdo su rostro? Sin embargo los hechos lo incriminan. Es el único que tiene acceso a las computadoras. Aunque su legado es perfecto. Tal vez el currículo sea falso.

¿Es posible que no conozca a las personas que trabajan conmigo? La falta de ese chip nos pone en peligro a todos. El contenido no puede ser revelado. Pero ¿si no fue él?, estaría procediendo injustamente. Tengo que tomar una decisión. ¿Cuál? Despedirlo, podría denunciarnos. Eso sería terrible. Toda la empresa se destruiría. Pero si no lo hago puede usarlo para extorsionarnos. No sé como manejar la situación.

Mejor es que hable con él primero y lleguemos a un acuerdo. O quizá debo confiar en el destino o en mi suerte.

LA CANCIÓN INAGOTABLE

Con su canto lavaba, cocinaba, barría, deshojaba cada nota en la tristeza. Con la música y la risa acunaba el secreto del instinto. Canta, hasta que tu canto se derrame en los huesos de los caídos. Ríe, hasta que la risa seque los cristales dormidos. Lloro, hasta que el llanto lave el martirio de decirte adiós.

HACETE UNA POESÍA

¿Por qué no te haces una poesía?, ahora que la tarde se puso gris y las hojas secas patinan sobre el pavimento. Ahora que estás acá a la espera de la realidad. Que mejor empleo del tiempo que escribir unos versos. Versos que cuenten historias urbanas, que cuenten lo difícil que es vivir, o lo bueno que es no estar muerto. Pero dale escríbelo ahora, antes de que venga y no puedas meter un pensamiento. Antes de que te cubran las noticias del telediario. Hacelo ahora. Porque después es tarde y tarde no se llega a ningún lado.

LA CONDENA

La herrumbre nocturna deja en el aire partículas de miedo. Lo poco que tenía lo jugó en la ruleta de la existencia. Apostó su alma y perdió. Como castigo lo condenaron a vivir en las sombras. En un hoyo, sin teléfonos, sin TV, sin redes sociales, sin amigos. Ni siquiera los que aplaudieron su frágil éxito. El alba lo encontró acurrucado en un rincón besándose las rodillas. Extendió la mano y lo invitó a salir.

Ciego no supo a que aludía ese hilo de luz que le molestaba.

CAFÉ Y ADIÓS

El ruido de la expendedora de café se interpone entre las palabras y nosotros. Pareces no escuchar, parezco no oírte. Somos ajenos en nuestro propio mundo. Extraños en el círculo cotidiano de los días. Como una imagen invisible caminé hasta la puerta. La máquina insistía con derramar el líquido negro y humeante. Caras y voces desconocidas me cortejan al salir. Llevo conmigo tu dibujo de espaldas y las tazas vacías.

EN ALTAVOZ

El quejido del ring ton libera la silenciosa tarde. Mientras espera a su próxima víctima mantiene una conversación. Clava el ojo en la mira, calcula la distancia y dispara. Saca de su arsenal las más bellas balas. La presa queda flechada por sus encantos. Jamás falla. Ella se posa en el brazo del cazador. Juntos caminan sobre el empedrado hacia la madriguera. No le importa los encaros ni las sentencias foráneas. Ni le importa lo que resulte mañana. Simplemente le interesa lo que sucede

hoy. Y hoy que es ahora vivamente, sin tregua el fuego crece y en plena llamarada el altavoz del celular da fin al transitorio incendio.

SIN UN VERSO

Tuvo un sueño desde niña. El mismo de su madre y de su abuela. Alcanzar una estrella. Sembrar una semilla. Hablar con el sol o con la luna. Buscó poesía en las cosas y no encontró ni un verso. Quiso ver el reflejo en los ojos de otros y vio nada. Caminó en la arena caliente. Cruzó médanos entre la tormenta. Desafió las piedras. Se acostó sobre el verde y soñó otra vez.

PRIMAVERA

En éste corto día abriré tu boca cuando la calma eleve al aura. Alguien despierta. Alguien calla. La música del repiqueteo de la cuchara en la cocina estimula la mañana. La primavera trae cantos y pesares, en las ventanas tendidas por donde escapan las horas. Jugamos con la memoria con la única excusa de existir.

UNIVERSO

Trágico eclipse de los sueños terrenales. Mar de asteroides que giran incesantes. Almas en busca de una nebulosa espiral. Seres que sufren. Mueren o enferman. En el centro, vos y yo emergidos de la nada. Llevados por Pegaso hacia otra galaxia donde no alcanza ningún astrolabio. Entregados a Héspero como Dioses Olímpicos. Envueltos en la energía de Antares. Aferrados a la breve luz de ser felices.

EL INUNDADO

Sus pasos se mueven por el camino limpio. En el horizonte reside la tormenta. Quedan pocas luces de ese día. El último. Confía en la suerte. El agua nunca llega. La laguna siempre amenaza pero no llega. Pero ese día sí. Rayos y estrépitos fusilan el cielo. La tierra se humedece hasta derramarse por toda la llanura. Corre en contra del viento. Corre para protegerse. Corre para salvar su vida. Quiere llegar al castillo antiguo. Al castillo en ruinas. Donde jugaba cuando era chico. Donde se enamoró. Donde lo abandonó. Donde se ahogó.

LA VUELTA DE LA VIDA

Apenas recuerda cuando la arrancaron del cuaderno. El viento la obliga a salir del salón de clases. Esquiva los guardapolvos blancos de alumnos y maestros hasta que logra salir. Cansada por el vértigo se posa en la espalda de un transeúnte, pero como el destino de las hojas no es reposar, se ve obligada a saltar y cae en medio de unos manifestantes, que en el fervor de la marcha la quitan de una patada. Como la suerte no está de su lado pega la cara contra una puerta. – Te dije que compraras descremado. – Para que si después te comés una vaca. – Vaca es tu madre. No sabe como termina ese debate tan interesante porque el postigo la aparta repentinamente. Planea en el cielo claro de la primavera hasta topar con una ventana, que a Dios gracias está abierta, aterriza sobre una mesa, sorteando las tazas con restos de café con leche y se acuesta. Al fin el pulso disminuye y empieza a conciliar el sueño. ¿Ya expliqué que hoy no es su día? Indiferente a la era de la comunicación celular y la cibernética, a alguien se le ocurre utilizarla para escribir encima. Un cuchicheo a coro estorba la breve siesta que logra establecer arrullada por la lluvia. Se despabila e interviene para frenar a las palabras crispadas. Quienes le responden con sobrada actitud que no se meta. El tole tole hace que salte como acróbata chino

otra vez por donde entró, sí escribí bien, otra vez. La azota el agua y da giros en una noria etérea igual que en la vida. Se desangra. El fluido azul mancha las manos de quien la recoge.

LA CONCIENCIA

Estas ahí yaciente. Sin imponerte. Te desconozco. Yo en cambio estoy más allá. Puedo oír, puedo ver. Ahora el sometido sos vos, que cedés a estas personas que crees que te cuidan y en realidad cumplen con su trabajo. Esperan que cambies, que seas más amable, más tolerante, menos egoísta y menos arrogante, en fin que seas humano. No molestes. No es verdad, jamás dejaré de imponerme. Tampoco es cierto que no sea tolerante. Bastante tolerancia tengo con los ineptos que trabajan para mí. Si, vos andarás mucho por los aires, pero yo, yo todavía estoy entero, está bien que un poco enclenque, pero firme. Ya verás cuando me recupere. Si lo lográs, lo que veré será el maltrato a los “ineptos”, como vos los llamás, que son los mismos que llevan adelante tus negocios, pensaste que pasaría si ellos dejan de encubrirte, si develan todos tus asuntos turbios, si le cuentan a tu familia todo lo que saben. No me amenaces. Eso no pasará, porque de mí dependen. ¿Qué seguro estás? ¿Crees que sin vos la tierra deja de girar? ¿Estás convencido que despertarás? Si hacés un recuento de los errores y aciertos, ¿Cuál ganaría? Te abusás porque estos cables que me metieron no me dejan mover, de otra manera estaría dando órdenes, vos y los otros obedeciéndolas.

Dejame en paz... pero no tanto, seguí hablando, contestame, no me dejes solo. Al fin veo con claridad.

ENTREGA

Estaba tendida en sus brazos. Pálida, indefensa, con la mirada cautiva. En el más puro acto de devoción le entregó su cuello y él, con dominante ternura posó los viriles labios. Lanzó un grito agudo de dolor que después se fue apagando hasta quedar en suspiro. La sangre brotó y él bebió, bebió hasta saciar su apetito.

ROSAS NOCTURNAS

Negras las rosas nocturnas con carmines en los labios. Las que en cada sueño se deslumbran y sueñan con deslumbrarse en cada sueño. Aquellas que transitan por calles sin testigos con los pétalos secos.

La muerte las liberan, las dignifican haciéndolas puras, haciéndolas vivir de nuevo.

EL BANCO

No estás solo. En vos humedecen la tarde los enamorados. En vos los abatidos cuerpos reposan. Testigo de encuentros. Compañero de largas lecturas. Confidente de citas quebradas. Cómplice de amores furtivos. Viste marchar a las masas. Oíste el silencio de las madres. Cálido refugio del viento. Verde lecho de la lluvia. Con vos están las palomas, los poetas. Los que odian, los que aman. Los que ríen, los que sufren. Los que cantan, los que callan. Las estrellas y el universo.

NORMA VINCIGUERRA

ÍNDICE

Marta Rosa Mutti	5
Mirta Cañete	7
María del Carmen Cárdenas	17
Dolores Fernández	27
Carmen Florentín Cabrera	37
Claudia Guala.....	47
María Leone	57
Edith Migliaro	67
Patricia Moltedo	77
Olga Tasca.....	87
Hilda Trezza	97
Camila Vázquez Garriga.....	107
Norma Vinciguerra	117

Se terminó de imprimir en Impresiones Dunken
Ayacucho 357 (C1025AAG) Buenos Aires
Telefax: 4954-7700 / 4954-7300
E-mail: info@dunken.com.ar
www.dunken.com.ar
Noviembre de 2012